

## La siesta del martes

El tren salió del trepidante<sup>323</sup> corredor de rocas bermejas, penetró en las plantaciones de banano, simétricas e interminables, y el aire se hizo húmedo y no se volvió a sentir la brisa del mar. Una humareda<sup>324</sup> sofocante entró por la ventanilla del vagón. En el estrecho camino paralelo a la vía férrea había carretas de bueyes cargadas de racimos verdes. Al otro lado del camino, en intempestivos espacios sin sembrar, había oficinas con ventiladores<sup>325</sup> eléctricos, campamentos de ladrillos rojos y residencias con sillas y mesitas blancas en las terrazas entre palmeras y rosales polvorientos. Eran las once de la mañana y todavía no había empezado el calor.

–Es mejor que subas el vidrio<sup>326</sup> –dijo la mujer–. El pelo se te va a llenar de carbón<sup>327</sup>.

La niña trató de hacerlo pero la persiana<sup>328</sup> estaba bloqueada por el óxido<sup>329</sup>.

Eran los únicos pasajeros en el escueto vagón de tercera clase. Como el humo de la locomotora siguió entrando por la ventanilla, la niña abandonó el puesto y puso en su lugar los únicos objetos que llevaban: una bolsa de material plástico con cosas de comer y un ramo de flores envuelto en papel de periódicos. Se sentó en el asiento opuesto, alejada de la ventanilla, de frente a su madre. Ambas guardaban un luto<sup>330</sup> riguroso y pobre.

La niña tenía doce años y era la primera vez que viajaba. La mujer parecía demasiado vieja para ser su madre, a causa de las venas azules en los párpados y del cuerpo pequeño, blando y sin formas, en un traje cortado como una sotana<sup>331</sup>. Viajaba con la columna vertebral firmemente apoyada contra el espaldar del asiento, sosteniendo en el regazo<sup>332</sup> con ambas manos una cartera<sup>333</sup> de charol<sup>334</sup> desconchado<sup>335</sup>. Tenía la serenidad escrupulosa de la gente acostumbrada a la pobreza.

A las doce había empezado el calor. El tren se detuvo diez minutos en una estación sin pueblo para abastecerse de agua. Afuera, en el misterioso silencio de las plantaciones, la sombra tenía un aspecto limpio. Pero el aire estancado<sup>336</sup> dentro del vagón olía a cuero sin curtir<sup>337</sup>. El tren no volvió a acelerar. Se detuvo en dos pueblos iguales, con casas de madera pintadas de colores vivos. La mujer inclinó la cabeza y se hundió en el sopor<sup>338</sup>. La niña se quitó los zapatos. Después fue a los servicios sanitarios a poner en agua el ramo de flores muertas.

Cuando volvió al asiento la madre le esperaba para comer. Le dio un pedazo de queso, medio bollo de maíz y una galleta dulce, y sacó para ella de la bolsa de material plástico una ración igual. Mientras comían, el tren atravesó muy despacio un puente de hierro y

323 **trepidante** quivering

324 **humareda** cloud of smoke

325 **ventiladores** fans

326 **vidrio** window

327 **carbón** soot

328 **persiana** window shade

329 **óxido** rust

330 **luto** black mourning clothes

331 **sotana** black robe worn by

priests

332 **regazo** lap

333 **cartera** purse

334 **charol** patent-leather

335 **desconchado** peeling

336 **estancado** stagnant

337 **cuero sin curtir** untanned leather

338 **sopor** drowsiness

339 **llanura** plain

pasó de largo por un pueblo igual a los anteriores, sólo que en éste había una multitud en la plaza. Una banda de músicos tocaba una pieza alegre bajo el sol aplastante. Al otro lado del pueblo en una llanura<sup>339</sup> cuarteada por la aridez, terminaban las plantaciones.

La mujer dejó de comer.

–Ponte los zapatos –dijo.

La niña miró hacia el exterior. No vio nada más que la llanura desierta por donde el tren empezaba a correr de nuevo, pero metió en la bolsa el último pedazo de galleta y se puso rápidamente los zapatos. La mujer le dio la peineta.

–Péinate –dijo.

El tren empezó a pitar<sup>340</sup> mientras la niña se peinaba. La mujer se secó el sudor del cuello y se limpió la grasa de la cara con los dedos. Cuando la niña acabó de peinarse el tren pasó frente a las primeras casas de un pueblo más grande pero más triste que los anteriores.

–Si tienes ganas de hacer algo, hazlo ahora –dijo la mujer–. Después, aunque te estés muriendo de sed no tomes agua en ninguna parte. Sobre todo, no vayas a llorar.

La niña aprobó con la cabeza. Por la ventanilla entraba un viento ardiente y seco, mezclado con el pito de la locomotora y el estrépito<sup>341</sup> de los viejos vagones. La mujer enrolló la bolsa con el resto de los alimentos y la metió en la cartera. Por un instante, la imagen total del pueblo, en el luminoso martes de agosto, resplandeció en la ventanilla. La niña envolvió las flores en los periódicos empapados<sup>342</sup>, se apartó un poco más de la ventanilla y miró fijamente a su madre. Ella le devolvió una expresión apacible<sup>343</sup>. El tren acabó de pitar y disminuyó la marcha. Un momento después se detuvo.

No había nadie en la estación. Del otro lado de la calle, en la acera sombreada por los almendros<sup>344</sup>, sólo estaba abierto el salón de billar. El pueblo flotaba en calor. La mujer y la niña descendieron del tren, atravesaron la estación abandonada cuyas baldosas<sup>345</sup> empezaban a cuartearse por la presión de la hierba, y cruzaron la calle hasta la acera de sombra.

Eran casi las dos. A esa hora, agobiado<sup>346</sup> por el sopor, el pueblo hacía la siesta. Los almacenes, las oficinas públicas, la escuela municipal, se cerraban desde las once y no volvían a abrirse hasta un poco antes de las cuatro, cuando pasaba el tren de regreso. Sólo permanecían abiertos el hotel frente a la estación, su cantina y su salón de billar, y la oficina del telégrafo a un lado de la plaza. Las casas, en su mayoría construidas sobre el modelo de la compañía bananera, tenían las puertas cerradas por dentro y las persianas bajas. En algunas hacía tanto calor que sus habitantes almorzaban en el patio. Otros recostaban un asiento a la sombra de los almendros y hacían la siesta sentados en plena

340 **pitar** to whistle

341 **estrépito** loud noise

342 **empapados** wet

343 **apacible** pleasant, calm

344 **almendros** almond trees

345 **baldosas** tiles

346 **agobiado** tired, worn out

calle.

Buscando siempre la protección de los almendros, la mujer y la niña penetraron en el pueblo sin perturbar la siesta. Fueron directamente a la casa cural<sup>347</sup>. La mujer raspó<sup>348</sup> con la uña la red metálica de la puerta, esperó un instante y volvió a llamar. En el interior zumbaba<sup>349</sup> un ventilador eléctrico. No se oyeron los pasos. Se oyó apenas el leve crujido de una puerta y enseguida una voz cautelosa muy cerca de la red metálica: "¿Quién es?". La mujer trató de ver a través de la red metálica.

-Necesito al padre -dijo.

-Ahora está durmiendo.

-Es urgente -insistió la mujer.

Su voz tenía una tenacidad reposada<sup>350</sup>. La puerta se entreabrió sin ruido y apareció una mujer madura y regordeta, de cutis<sup>351</sup> muy pálido y cabellos color hierro, Los ojos parecían demasiado pequeños detrás de los gruesos cristales de los lentes.

-Sigan -dijo, y acabó de abrir la puerta.

Entraron en una sala impregnada de un viejo olor de flores. La mujer de la casa las condujo hasta un escaño<sup>352</sup> de madera y les hizo señas de que se sentaran. La niña lo hizo, pero la madre permaneció de pie, absorta, con la cartera apretada en las dos manos. No se percibía ningún ruido detrás del ventilador eléctrico.

La mujer de la casa apareció en la puerta del fondo.

-Dice que vuelvan después de las tres -dijo en voz muy baja-. Se acostó hace cinco minutos.

-El tren se va a las tres y media -dijo la mujer.

Fue una réplica breve y segura, pero la voz seguía siendo apacible, con muchos matices. La mujer de la casa sonrió por primera vez.

-Bueno -dijo.

Cuando la puerta del fondo volvió a cerrarse, la mujer se sentó junto a su hija. La angosta sala de espera era pobre, ordenada y limpia. Al otro lado de la baranda de madera que dividía la habitación, había una mesa de trabajo, sencilla, con un tapete de hule, y encima de la mesa una máquina de escribir primitiva junto a un vaso con flores. Detrás estaban los archivos parroquiales. Se notaba que era un despacho<sup>353</sup> arreglado por una mujer soltera.

La puerta del fondo se abrió y esta vez apareció el sacerdote<sup>354</sup> limpiando los lentes con un pañuelo. Sólo cuando se los puso pareció evidente que era hermano de la mujer que había abierto la puerta.

347 **cural** of the priest

348 **raspó** scratched, scraped

349 **zumbaba** buzzed

350 **reposada** calm

351 **cutis** skin

352 **escaño** bench

353 **despacho** office

354 **sacerdote** priest

-¿Qué se les ofrece? -preguntó.

-Las llaves del cementerio -dijo la mujer.

La niña estaba sentada con las flores en el regazo y los pies cruzados bajo el escaño. El sacerdote la miró, después miró a la mujer y después, a través de la red metálica de la ventana, el cielo brillante y sin nubes.

-Con este calor -dijo-. Han podido esperar a que bajara el sol.

La mujer movió la cabeza en silencio. El sacerdote pasó del otro lado de la baranda, extrajo del armario un cuaderno forrado de hule, un plumero<sup>355</sup> de palo y un tintero<sup>356</sup>, y se sentó a la mesa. El pelo que le faltaba en la cabeza le sobraba en las manos.

-¿Qué tumba van a visitar? -preguntó.

-La de Carlos Centeno -dijo la mujer.

-¿Quién?

-Carlos Centeno -repitió la mujer.

El padre siguió sin entender.

-Es el ladrón<sup>357</sup> que mataron aquí la semana pasada -dijo la mujer en el mismo tono-. Yo soy su madre.

El sacerdote la escrutó<sup>358</sup>. Ella lo miró fijamente con un dominio<sup>359</sup> reposado<sup>360</sup>, y el padre se ruborizó<sup>361</sup>. Bajó la cabeza para escribir. A medida que llenaba la hoja, pedía a la mujer los datos de su identidad, y ella respondía sin vacilación, con detalles precisos, como si estuviera leyendo. El padre empezó a sudar. La niña se desabotonó la trabilla del zapato izquierdo, se descalzó el talón<sup>362</sup> y lo apoyó en el contrafuerte. Hizo lo mismo con el derecho.

Todo había empezado el lunes de la semana anterior, a las tres de la madrugada y a pocas cuerdas de allí. La señora Rebeca, una viuda<sup>363</sup> solitaria, que vivía en una casa llena de cachivaches<sup>364</sup>, sintió a través del rumor<sup>365</sup> de la llovizna<sup>366</sup> que alguien trataba de forzar desde afuera la puerta de la calle. Se levantó, buscó a tientas<sup>367</sup> en el ropero un revólver arcaico que nadie había disparado<sup>368</sup> desde los tiempos del coronel Aureliano Buendía, y fue a la sala sin encender las luces. Orientándose no tanto por el ruido de la cerradura<sup>369</sup> como por un terror desarrollado en ella por veintiocho años de soledad, localizó en la imaginación no solo el sitio donde estaba la puerta sino la altura exacta de la cerradura. Agarró el arma con las dos manos, cerró los ojos y apretó el gatillo<sup>370</sup>. Era la primera vez en su vida que disparaba un revólver. Inmediatamente después de la detonación no sintió nada más que el murmullo de la llovizna en el techo de cinc. Después percibió un golpecito metálico en el andén de cemento y una voz muy baja, apacible, pero terriblemente

---

355 <b>plumero</b> pencil case	359 <b>dominio</b> self-control	363 <b>viuda</b> widow	367 <b>a tientas</b> by touch
356 <b>tintero</b> ink well	360 <b>reposado</b> calm	364 <b>cachivaches</b> junk	368 <b>disparado</b> shot
357 <b>ladrón</b> thief	361 <b>se ruborizó</b> blushed	365 <b>rumor</b> sound	369 <b>cerradura</b> lock
358 <b>escrutó</b> studied	362 <b>talón</b> heel	366 <b>llovizna</b> drizzle	370 <b>gatillo</b> trigger

fatigada: "Ay, mi madre". El hombre que amaneció muerto frente a la casa, con la nariz despedazada<sup>371</sup>, vestía una franela<sup>372</sup> a rayas de colores, un pantalón ordinario con una sogá<sup>373</sup> en lugar de cinturón, y estaba descalzo<sup>374</sup>. Nadie lo conocía en el pueblo.

-De manera que se llamaba Carlos Centeno -murmuró el padre cuando acabó de escribir.

-Centeno Ayala -dijo la mujer-. Era el único varón<sup>375</sup>.

El sacerdote volvió al armario. Colgadas de un clavo en el interior de la puerta había dos llaves grandes y oxidadas, como la niña imaginaba y como imaginaba la madre cuando era niña y como debió imaginar el propio sacerdote alguna vez que eran las llaves de san Pedro. Las descolgó, las puso en el cuaderno abierto sobre la baranda y mostró con el índice un lugar en la página escrita, mirando a la mujer.

-Firme<sup>376</sup> aquí.

La mujer garabateó su nombre, sosteniendo la cartera bajo la axila. La niña recogió las flores, se dirigió a la baranda arrastrando los zapatos y observó atentamente a su madre.

El párroco<sup>377</sup> suspiró<sup>378</sup>.

-¿Nunca trató de hacerlo entrar por el buen camino?

La mujer contestó cuando acabó de firmar.

-Era un hombre muy bueno.

El sacerdote miró alternativamente a la mujer y a la niña y comprobó<sup>379</sup> con una especie de piadoso<sup>380</sup> estupor<sup>381</sup> que no estaban a punto de llorar.

La mujer continuó inalterable:

-Yo le decía que nunca robara nada que le hiciera falta a alguien para comer, y él me hacía caso. En cambio, antes, cuando boxeaba, pasaba hasta tres días en la cama postrado<sup>382</sup> por los golpes.

-Se tuvo que sacar todos los dientes -intervino la niña.

-Así es -confirmó la mujer-. Cada bocado que comía en ese tiempo me sabía a los porrazos<sup>383</sup> que le daban a mi hijo los sábados a la noche.

-La voluntad de Dios es inescrutable -dijo el padre.

Pero lo dijo sin mucha convicción, en parte porque la experiencia le había vuelto un poco escéptico, y en parte por el calor. Les recomendó que se protegieran la cabeza para evitar la insolación<sup>384</sup>. Les indicó, bostezando<sup>385</sup> y ya casi completamente dormido, cómo debían hacer para encontrar la tumba de Carlos Centeno. Al regreso no tenían que tocar.

371 **despedazada** torn apart

372 **franela** flannel

373 **soga** rope

374 **descalzo** barefoot

375 **varón** male

376 **firme** sign your name

377 **párroco** priest

378 **suspiró** sighed

379 **comprobó** confirmed

380 **piadoso** pious

381 **estupor** amazement

382 **postrado** laid flat

383 **porrazos** blows

384 **insolación** sun stroke

385 **bostezando** yawning

Debían meter la llave por debajo de la puerta, y poner allí mismo, si tenían, una limosna<sup>386</sup> para la iglesia. La mujer escuchó las explicaciones con mucha atención, pero dio las gracias sin sonreír.

Desde antes de abrir la puerta de la calle el padre se dio cuenta de que había alguien mirando hacia adentro, las narices aplastadas<sup>387</sup> contra la red metálica<sup>388</sup>. Era un grupo de niños. Cuando la puerta se abrió por completo los niños se dispersaron. A esa hora, de ordinario, no había nadie en la calle. Ahora no solo estaban los niños. Había grupos bajo los almendros. El padre examinó la calle, distorsionada<sup>389</sup> por la reverberación<sup>390</sup>, y entonces comprendió. Suavemente volvió a cerrar la puerta.

-Esperen un minuto -dijo, sin mirar a la mujer.

Su hermana apareció en la puerta del fondo, con una chaqueta negra sobre la camisa de dormir y el cabello suelto en los hombros. Miró al padre en silencio.

-¿Qué fue? -preguntó él.

-La gente se ha dado cuenta -murmuró su hermana.

-Es mejor que salgan por la puerta del patio -dijo el padre.

-Es lo mismo -dijo su hermana-. Todo el mundo está en las ventanas.

La mujer parecía no haber comprendido hasta entonces. Trató de ver la calle a través de la red metálica. Luego le quitó el ramo de flores a la niña y empezó a moverse hacia la puerta. La niña siguió.

-Esperen a que baje el sol -dijo el padre.

-Se van a derretir<sup>391</sup> -dijo su hermana, inmóvil en el fondo de la sala-. Espérense y les presto una sombrilla<sup>392</sup>.

-Gracias -replicó la mujer-. Así vamos bien.

Tomó a la niña de la mano y salió a la calle.



386 **limosna** donation

387 **plastadas** pressed

388 **red metálica** screen

389 **distorsionada** distorted

390 **reverberación** waves of heat

391 **derretir** to melt

392 **sombrilla** parasol



### Mi caballo mago

Era blanco. Blanco como el olvido<sup>844</sup>. Era libre. Libre como la alegría. Era la ilusión, la libertad y la emoción. Poblaba y dominaba las serranías y las llanuras de las cercanía<sup>845</sup>. Era un caballo blanco que llenó mi juventud de fantasía y poesía.

Alrededor de las fogatas del campo y en las resolanas<sup>846</sup> del pueblo los vaqueros de esas tierras hablaban de él con entusiasmo y admiración. Y la mirada se volvía turbia<sup>847</sup> y borrosa de ensueño. La animada charla se apagaba. Todos atentos a la visión evocada. Mito del reino animal. Poema del mundo viril.

Blanco y arcano<sup>848</sup>. Paseaba su harén por el bosque de verano en regocijo imperial. El invierno decretaba el llano y la ladera para sus hembras<sup>849</sup>. Veraneaba como rey de oriente en su jardín silvestre. Invernaba como guerrero ilustre que celebra la victoria ganada.

Era leyenda. Eran sin fin las historias que se contaban del caballo brujo. Unas verdad, otras invención. Tantas trampas<sup>850</sup>, tantas redes<sup>851</sup>, tantas expediciones. Todas venidas a menos. El caballo siempre se escapaba, siempre se burlaba, siempre se alzaba por encima del dominio de los hombres. ¡Cuánto valedor no juró ponerle su jáquima<sup>852</sup> y su marca para confesar después que el brujo había sido más hombre que él!

Yo tenía quince años. Y sin haberlo visto nunca el brujo me llenaba ya la imaginación y la esperanza. Escuchaba embobado<sup>853</sup> a mi padre y a sus vaqueros hablar del caballo fantasma que al atraparlo se volvía espuma<sup>854</sup> y aire y nada. Participaba de la obsesión de todos, ambición de lotería, de algún día ponerle yo mi lazo<sup>855</sup>, de hacerlo mío, y lucirlo los domingos por la tarde cuando las muchachas salen a paseo por la calle.

Pleno el verano. Los bosques verdes, frescos y alegres. Las reses lentas, gordas y

---

844 <b>olvido</b> forgetting	848 <b>arcano</b> mysterious	852 <b>jáquima</b> headstall
845 <b>cercanía</b> nearby lands	849 <b>hembras</b> females	853 <b>embobado</b> rapt
846 <b>resolana</b> patio	850 <b>trampas</b> tricks	854 <b>espuma</b> foam
847 <b>turbia</b> cloudy	851 <b>redes</b> nets	855 <b>lazo</b> lasso

luminosas en la sombra y en el sol de agosto. Dormitaba<sup>856</sup> yo en un caballo brioso, lánguido y sutil en el sopor del atardecer. Era hora ya de acercarse a la majada<sup>857</sup>, al buen pan y al rancho del rodeo. Ya los compañeros estarían alrededor de la hoguera agitando la guitarra, contando cuentos del pasado o de hoy o entregándose al cansancio de la tarde. El sol se ponía ya, detrás de mí, en escándalos de rayo y color. Silencio orgánico y denso.

Sigo insensible a las reses al abra<sup>858</sup>. De pronto el bosque se calla. El silencio enmudece. La tarde se detiene. La brisa deja de respirar, pero tiembla. El sol se excita. El planeta, la vida y el tiempo se han detenido de una manera inexplicable. Por un instante no sé lo que pasa.

Luego mis ojos aciertan. ¡Allí está! ¡El caballo mago! Al extremo del abra, en un promontorio, rodeado de verde. Hecho estatua, hecho estampa<sup>859</sup>. Línea y forma y mancha blanca en fondo verde. Orgullo, fama y arte en carne animal. Cuadro de belleza encendida y libertad varonil. Ideal invicto y limpio de la eterna ilusión humana. Hoy palpito todo aún al recordarlo.

Silbido<sup>860</sup>. Reto<sup>861</sup> trascendental que sube y rompe la tela virginal de las nubes rojas. Orejas lanzas. Ojos rayos. Cola viva y ondulante, desafío movedizo. Pezuña<sup>862</sup> tersa y destructiva. Arrogante majestad de los campos.

El momento es eterno. La eternidad momentánea. Ya no está, pero siempre estará. Debí de haber yeguas<sup>863</sup>. Yo no las vi. Las reses siguen indiferentes. Mi caballo las sigue y yo vuelvo lentamente del mundo del sueño a la tierra del sudor. Pero ya la vida no volverá a ser lo que antes fue.

Aquella noche bajo las estrellas no dormí. Soñé. Cuánto soñé despierto y cuánto soñé dormido yo no sé. Sólo sé que un caballo blanco pobló mis sueños y los llenó de resonancia y de luz y de violencia.

Pasó el verano y entró el invierno. El verde pasto dio lugar a la blanca nieve. Las manadas<sup>864</sup> bajaron de las sierras a los valles y cañadas. Y en el pueblo se comentaba que el brujo andaba por este o aquel rincón. Yo indagaba por todas partes su paradero. Cada día se me hacía más ideal, más imagen, más misterio.

Domingo. Apenas rayaba el sol de la sierra nevada. Aliento<sup>865</sup> vaporoso. Caballo tembloroso de frío y de ansias. Como yo. Salí sin ir a misa. Sin desayunarme siquiera. Sin pan y sardinas en las alforjas. Había dormido mal y velado bien. Iba en busca de la blanca luz que galopaba en mis sueños.

Al salir del pueblo al campo libre desaparecen los caminos. No hay rastro<sup>866</sup> humano o animal. Silencio blanco, hondo y rutilante. Mi caballo corta el camino con el pecho y deja

856 **dormitar** doze

857 **majada** hut

858 **abra** clearing in the forest

859 **estampa** print, engraving

860 **silbido** whistle

861 **reto** challenge

862 **pezuña** hoof

863 **yeguas** mares

864 **manadas** herds

865 **aliento** breath

866 **rastro** trace

estela<sup>867</sup> eterna, grieta abierta, en la mar cana. La mirada diestra y atenta puebla el paisaje hasta cada horizonte buscando el noble perfil del caballo místico.

Sería mediodía. No sé. El tiempo había perdido su rigor. Di con él. En una ladera<sup>868</sup> contaminada de sol. Nos vimos al mismo tiempo. Juntos nos hicimos piedra. Inmóvil, absorto y jadeante contemplé su belleza, su arrogancia, su nobleza. Esculpido en mármol, se dejó admirar.

Silbido violento que rompe el silencio. Guante arrojado a la cara. Desafío<sup>869</sup> y decreto a la vez. Asombro nuevo. El caballo que en verano se coloca entre la amenaza<sup>870</sup> y la manada, oscilando a distancia de diestra a siniestra, ahora se lanza a la nieve. Más fuerte que ellas, abre la vereda a las yeguas. Y ellas lo siguen. Su fuga es lenta para conservar sus fuerzas.

Sigo. Despacio. Palpitante. Pensando en su inteligencia. Admirando su valentía. Apreciando su cortesía. La tarde se alarga. Mi caballo cebado<sup>871</sup> a sus anchas.

Una a una las yeguas se van cansando. Una a una se van quedando a un lado. ¡Solos! El y yo. La agitación interna rebosa a los labios. Le hablo. Me escucha y calla.

El abre el camino y yo sigo por la vereda que me deja. Detrás de nosotros una larga y honda zanja<sup>872</sup> blanca que cruza la llanura. El caballo que ha comido grano y buen pasto sigue fuerte. A él, mal nutrido, se la han agotado las fuerzas. Pero sigue porque es él y porque no sabe ceder.

Encuentro negro y manchas negras por el cuerpo. La nieve y el sudor<sup>873</sup> han revelado la piel negra bajo el pelo. Mecheros violentos de vapor rompen el aire. Espumarajos blancos sobre la blanca nieve. Sudor, espuma y vapor. Ansia.

Me sentí verdugo<sup>874</sup>. Pero ya no había retorno. La distancia entre nosotros se acortaba implacablemente. Dios y la naturaleza indiferentes.

Me siento seguro. Desato el cabestro<sup>875</sup>. Abro el lazo. Las riendas tirantes. Cada nervio, cada músculo alerta y el alma en la boca. Espuelas tensas en ijares temblorosos. Arranca el caballo. Remolineo el cabestro y lanzo el lazo obediente.

Vértigo de furia y rabia. Remolinos<sup>876</sup> de luz y abanicos de transparente nieve. Cabestro que silba y quema en la teja de la silla. Guantes violentos que humean. Ojos ardientes en sus pozos. Boca seca. Frente caliente. Y el mundo se sacude y se estremece. Y se acaba la larga zanja blanca en un ancho charco blanco.

Sosiego<sup>877</sup> jadeante y denso. El caballo mago es mío. Temblorosos ambos, nos miramos de hito en hito<sup>878</sup> por un largo rato. Inteligente y realista, deja de forcejar y hasta toma un paso hacia mí. Yo le hablo. Hablándole me acerco. Primero recula. Luego me espera. Hasta que los dos caballos se saludan a la manera suya. Y por fin llego a alisarle la crin<sup>879</sup>. Le digo

867 **estela** wake (of a ship)

868 **ladera** hillside

869 **desafío** challenge

870 **amenaza** threat

871 **cebado** fed

872 **zanja** ditch

873 **sudor** sweat

874 **verdugo** executioner

875 **cabestro** ox

876 **remolinos** swirls

877 **sosiego** calm

878 **de hito en hito** (mirar) to stare at

879 **crin** mane

muchas cosas, y parece que me entiende.

Por delante y por las huellas de antes lo dirigí hacia el pueblo. Triunfante. Exaltado. Una risa infantil me brotaba. Yo, varonil, la dominaba. Quería cantar y pronto me olvidaba. Quería gritar pero callaba. Era un manojo de alegría. Era el orgullo del hombre adolescente. Me sentí conquistador.

El Mago ensayaba la libertad una y otra vez, arrancándome de mis meditaciones abruptamente. Por unos instantes se armaba la lucha otra vez. Luego seguíamos.

Fue necesario pasar por el pueblo. No había remedio. Sol poniente. Calles de hielo y gente en los portales. El Mago lleno de terror y pánico por la primera vez. Huía y mi caballo herrado lo detenía. Se resbalaba<sup>880</sup> y caía de costalazo. Yo lloré por él. La indignidad. La humillación. La alteza venida a menos. Le rogaba que no forcejara, que se dejara llevar. ¡Cómo me dolió que lo vieran así los otros!

Por fin llegamos a la casa. “¿Qué hacer contigo, Mago? Si te meto en el establo o en el corral, de seguro te haces daño. Además sería un insulto. No eres esclavo. No eres criado. Ni siquiera eres animal.” Decidí soltarlo en el potrero<sup>881</sup>. Allí podría el Mago irse acostumbrando poco a poco a mi amistad y compañía. De ese potrero no se había escapado nunca un animal.

Mi padre me vio llegar y me esperó sin hablar. En la cara le jugaba una sonrisa y en los ojos le bailaba una chispa. Me vio quitarle el cabestro al Mago y los dos lo vimos alejarse, pensativos. Me estrechó la mano un poco más fuerte que de ordinario y me dijo: “Esos son hombres.” Nada más. Ni hacía falta. Nos entendíamos mi padre y yo muy bien. Yo hacía el papel de *muy hombre* pero aquella risa infantil y aquel grito que me andaban por dentro por poco estropean la impresión que yo quería dar.

Aquella noche casi no dormí y cuando dormí no supe que dormía. Pues el soñar es igual, cuando se sueña de veras, dormido o despierto. Al amanecer yo ya estaba de pie. Tenía que ir a ver al Mago. En cuanto aclaró salí al frío a buscarlo.

El potrero era grande. Tenía un bosque y una cañada. No se veía el Mago en ninguna parte pero yo me sentía seguro. Caminaba despacio, la cabeza toda llena de los acontecimientos de ayer y de los proyectos de mañana. De pronto me di cuenta que había andado mucho. Aprieto el paso. Miro aprensivo a todos lados. Empieza a entrarme el miedo. Sin saber voy corriendo. Cada vez más rápido.

No está. El Mago se ha escapado. Recorro cada rincón donde pudiera haberse agazapado. Sigo la huella<sup>882</sup>. Veo que durante toda la noche el Mago anduvo sin cesar buscando, olfateando, una salida. No la encontró. La inventó.

Seguí la huella que se dirigía directamente a la cerca. Y vi como el rastro no se detenía sino continuaba del otro lado. El alambre era de púa<sup>883</sup>. Y había pelos blancos en el alambre.

880 **resbalaba** slipped

881 **potrero** corral for colts

882 **huella** track

883 **alambre de púa** barbed wire fence

Había sangre en las púas. Había manchas rojas en la nieve y gotitas rojas en las huellas del otro lado de la cerca.

Allí me detuve. No fui más allá. Sol rayante en la cara. Ojos nublados y llenos de luz. Lágrimas infantiles en mejillas varoniles. Grito hecho nudo en la garganta. Sollozos despaciosos y silenciosos.

Allí me quedé y me olvidé de mí y del mundo y del tiempo. No sé cómo estuvo, pero mi tristeza era gusto. Lloraba de alegría. Estaba celebrando, por mucho que me dolía, la fuga y la libertad del Mago, la transcendencia de ese espíritu indomable. Ahora seguiría siendo el ideal, la ilusión y la emoción. El Mago era un absoluto. A mí me había enriquecido la vida para siempre.

Allí me halló mi padre. Se acercó sin decir nada y me puso el brazo sobre el hombro. Nos quedamos mirando la zanja blanca con flecos de rojo que se dirigía al sol rayante.



## De lo que aconteció a un mancebo que se casó con una mujer muy fuerte y muy brava

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, y le dijo:

—Patronio, un criado mío me dijo que está en tratos de casamiento<sup>1</sup> con una mujer muy rica y que aunque la mujer es más honrada que él y que es un casamiento muy bueno para él, hay una dificultad. Y la dificultad es: me dijo que decían que aquella mujer era la más fuerte y la más brava cosa del mundo. Y ahora os ruego que me aconsejéis si le mando que se case con aquella mujer, pues sabe de qué manera es, o le mando que no lo haga.

—Señor conde—dijo Patronio—, si él fuera tal como fue el hijo de un hombre bueno que era moro, aconsejadle que se case con ella. Pero si no fuese tal, no se lo aconsejéis.

El conde le rogó que explicase cómo era aquello. Patronio le dijo que había en una ciudad un hombre bueno que tenía un hijo, el mejor mancebo<sup>2</sup> que podía ser, pero no tan rico que pudiese hacer tantas y tan grandes cosas como su corazón le daba a entender que debía hacer. Y por eso estaba muy preocupado, porque tenía la buena voluntad pero no el poder.

Y en aquella ciudad misma había otro hombre más honrado y más rico que su padre, y que tenía una sola hija. Y esta hija era muy contraria al mancebo, porque cuanto tenía el joven de buenas maneras, tanto tenía ella de malas y opuestas a las de él: y por esto nadie en el mundo quería casar con aquel diablo<sup>3</sup>.

Y aquel buen muchacho vino un día a su padre y le dijo que sabía que no era tan rico que le pudiese dar con qué vivir con honra, y que tendría que vivir una vida miserable y penosa o irse de aquella tierra. Que si a su padre le parecía bien, mejor sería preparar un casamiento con el que pudiese obtener medio de vivir. Y el padre le dijo que le complacía

---

1 **casamiento** marriage

2 **mancebo** young man

3 **diablo** devil

muy mucho si pudiese hallar para él un casamiento que él consiguiera.

Y entonces le dijo el hijo que, si él quisiese, podría arreglar el casamiento con aquel hombre bueno que tenía aquella hija. Cuando el padre oyó esto, fue maravillado y le dijo que cómo se preocupaba de tal cosa, que no había hombre que, por pobre que fuese, quisiese casarse con ella. El hijo le dijo que pedía por favor que arreglase aquel casamiento. Y tanto insistió que, aunque el padre lo tuvo por extraño, lo aceptó.

Y él se fue luego a aquel hombre bueno y ambos eran mucho amigos, y le dijo todo lo que pasaba con su hijo y le rogó que, puesto que su hijo se atrevía a casarse con su hija, que se complaciera dársela. Y cuando el hombre bueno oyó eso, le dijo:

—Por Dios, amigo, si yo tal cosa hiciese, os sería muy falso amigo, porque vos tenéis muy bueno hijo, y tendría que hacer muy gran maldad si yo consintiese su mal o su muerte. Y estoy cierto que si mi hija se casase con él, o sería muerto o le valdría más la muerte que la vida. Y no os digo esto por no cumplir vuestro deseo, porque si la quisierais, a mí mucho me complacería<sup>4</sup> de darla a vuestro hijo o a quienquiera que me la saque de casa.

Y su amigo le dijo que agradecía mucho cuanto le decía, y que puesto que su hijo quería aquel casamiento, que le rogaba que le complaciera.

Y el casamiento se hizo y llevaron la novia a casa de su marido. Y los moros tienen por costumbre que preparan la cena a los novios y les ponen la mesa y los dejan en su casa hasta el otro día.

Y lo hicieron así; pero, estaban los padres y las madres y los parientes del novio y de la novia con gran ansiedad, preocupados de que otro día hallarían al novio muerto o muy maltrecho<sup>5</sup>.

Y luego que ellos se quedaron solos en casa, se sentaron a la mesa, y antes de que ella hubiese dicho nada, miró el novio alrededor de la mesa y vio un perro y le dijo ya muy bravamente:

—¡Perro, dános agua a las manos!

El perro no lo hizo. Y él se comenzó a enojar y le dijo más bravamente que le diese agua a las manos. Y el perro no lo hizo. Y cuando que vio que no lo hacía, se levantó muy enojado de la mesa y metió mano a la espada<sup>6</sup> y se dirigió al perro. Cuando el perro lo vio venir, comenzó a huir y él detrás, saltando ambos por la ropa y por la mesa y por el fuego y anduvo detrás de él hasta que lo alcanzó y cortó la cabeza y las piernas y los brazos y le hizo todo pedazos y ensangrentó toda la casa y la mesa y la ropa.

Y así muy enojado y todo ensangrentado se volvió a sentar a la mesa y miró alrededor y vio un gato y le dijo que le diese agua a las manos, y porque no lo hizo le dijo:

4 **complacería** would please

5 **maltrecho** in bad shape

6 **espada** sword

—¿Cómo, don falso traidor<sup>7</sup>, no viste lo que hice al perro porque no quiso hacer lo que le mandé yo? Prometo a Dios que si no haces lo que te mando, te haré lo mismo que al perro.

Y el gato no lo hizo, porque tampoco es su costumbre ni la del perro dar agua a las manos. Y porque no lo hizo, se levantó y le tomó por las piernas y dio con él a la pared y hizo de él más de cien pedazos y le mostró muy mayor saña<sup>8</sup> que contra el perro.

Y así bravo y enojado y haciendo muy malos gestos, se volvió a la mesa y miró a todas partes. La mujer que le vio hacer esto, pensó que estaba loco o fuera del seso y no decía nada.

Y cuando hubo mirado a todas partes, vio un caballo suyo que estaba en casa, el único que tenía, y le dijo muy bravamente que le diese agua a las manos; y el caballo no lo hizo. Y cuando vio que no lo hizo le dijo:

—¿Cómo, don caballo, creéis que porque no tengo otro caballo, por eso os dejaré si no hicierais lo que yo os mando? De eso os guardéis, que si por vuestra mala ventura no hacéis lo que yo os mando, yo juro a Dios que tan mala muerte os dé como a los otros. Y no hay cosa viva en el mundo a quien no haré eso mismo si no hace lo que yo mando.

Y el caballo estuvo quieto. Y cuando vio que no hacía su mandado, fue a él y le cortó la cabeza con la mayor saña que podía mostrar y lo despedazó<sup>9</sup> todo. Y cuando la mujer vio que mataba el caballo, no habiendo otro, y que decía que esto haría a cualquiera que no cumpliese su mandado, se dio cuenta que no lo hacía por juego, y tuvo tan gran miedo que no sabía si era muerta o viva.

Y así él, bravo y enojado y ensangrentado, se volvió a la mesa, jurando que si mil caballos y hombres y mujeres hubiese en casa que no le obedecían, todos serían muertos. Y se sentó y miró a cada parte teniendo la espada sangrienta en el regazo; y cuando miró a una parte y a otra y no vio cosa viva, volvió los ojos contra su mujer muy bravamente y le dijo con gran saña teniendo la espada en la mano:

—Levantáos y dadme agua a las manos.

La mujer que no esperaba otra cosa sino que la despedazaría toda, se levantó muy deprisa y le dio agua a las manos. Y le dijo él:

—Ah, cómo agradezco a Dios que hiciste lo que os mandé, porque de otra forma, por el pesar que estos locos me hicieron, lo mismo hubiera hecho a vos que a ellos.

Y le mandó que le diese de comer; y ella lo hizo. Y cada cosa que le decía, tan bravamente se lo decía y en tal tono, que ella ya temía que le iba a cortar su cabeza.

Y así pasó el asunto entre ellos aquella noche, que nunca ella habló más y hacía lo que él mandaba. Y cuando hubieron dormido un rato le dijo él:

7 traidor traitor

8 saña cruelty

9 despedazó tore to pieces

—Con esta saña que tuve esta noche, no pude dormir bien. Mirad que no me despierte mañana ninguno y tenedme bien preparado de comer.

Y por la mañana los padres y las madres y parientes llegaron a la puerta, y porque no hablaba nadie estaban preocupados de que el novio estaba muerto o herido. Y cuando vieron por las puertas a la novia y no al novio, se preocuparon más.

Y cuando ella los vio a la puerta, llegó muy rápido y con gran miedo comenzó a decirles:

—Locos, traidores, ¿qué hacéis? ¿Cómo osáis llegar a la puerta hablando? ¡Callad! Si no, todos, también vos como yo, todos somos muertos.

Y cuando esto oyeron, fueron maravillados y cuando supieron cómo pasaron las cosas, apreciaron mucho al mancebo, porque sabía hacer lo que le correspondía y castigar tan bien en su casa.

Y desde aquél día en adelante, su mujer fue bien mandada<sup>10</sup> y tuvieron muy buena vida.

Y después de pocos días, su suegro quiso hacer así como hiciera su yerno<sup>11</sup>, y por aquella mañana mató un gallo, y le dijo su mujer:

—A la fe, don Fulano, tarde os acordasteis, porque ya no os valdría nada aunque mataseis cien caballos, que antes lo tenías que hacer comenzado, porque ya nos conocemos bien.

Y vos, señor conde, si aquel vuestro criado se quiere casar con tal mujer, si fuere él tal como aquel mancebo, aconsejadle que se case, porque él sabrá como pasa en su casa. Pero si no entiende lo que debe hacer, dejadle que pase su suerte. Y aún os aconsejo que con todos los hombres que tuviereis que ver, que siempre les deis a entender en cual manera han de pasar con vos.

El conde tuvo éste por buen consejo y lo hizo así y todo acabó bien. Y porque don Juan lo tuvo por buen ejemplo, lo escribió en este libro y compuso estos versos que dicen así:

Si al comienzo no muestras quién eres,  
nunca podrás después, cuando quisieres.



<sup>10</sup> **bien mandada** obedient

<sup>11</sup> **yerno** son-in-law

## Dos palabras

Tenía el nombre de Belisa Crepusculario, pero no por fe de bautismo o acierto de su madre, sino porque ella misma lo buscó hasta encontrarlo y se vistió con él. Su oficio<sup>453</sup> era vender palabras. Recorría el país, desde las regiones más altas y frías hasta las costas calientes, instalándose en las ferias y en los mercados, donde montaba cuatro palos<sup>454</sup> con un toldo de lienzo<sup>455</sup>, bajo el cual se protegía del sol y de la lluvia para atender a su clientela. No necesitaba pregonar su mercadería, porque de tanto caminar por aquí y por allí, todos la conocían. Había quienes la aguardaban de un año para otro, y cuando aparecía por la aldea con su atado<sup>456</sup> bajo el brazo hacían cola frente a su tenderete. Vendía a precios justos. Por cinco centavos entregaba versos de memoria, por siete mejoraba la calidad de los sueños, por nueve escribía cartas de enamorados, por doce inventaba insultos para enemigos irreconciliables. También vendía cuentos, pero no eran cuentos de fantasía, sino largas historias verdaderas que recitaba de corrido sin saltarse<sup>457</sup> nada. Así llevaba las nuevas de un pueblo a otro. La gente le pagaba por agregar una o dos líneas: nació un niño, murió fulano, se casaron nuestros hijos, se quemaron las cosechas. En cada lugar se juntaba una pequeña multitud a su alrededor para oírlo cuando comenzaba a hablar y así se enteraban de las vidas de otros, de los parientes lejanos, de los pormenores de la Guerra Civil. A quien le comprara cincuenta centavos, ella le regalaba una palabra secreta para espantar<sup>458</sup> la melancolía. No era la misma para todos, por supuesto, porque eso habría sido un engaño colectivo. Cada uno recibía la suya con la certeza de que nadie más la empleaba para ese fin en el universo y más allá.

Belisa Crepusculario había nacido en una familia tan mísera, que ni siquiera poseía nombres para llamar a sus hijos. Vino al mundo y creció en la región más inhóspita, donde algunos años las lluvias se convierten en avalanchas de agua que se llevan todo, y en otros no cae ni una gota del cielo, el sol se agranda hasta ocupar el horizonte entero y el mundo se convierte en un desierto. Hasta que cumplió doce años no tuvo otra ocupación ni virtud que sobrevivir<sup>459</sup> al hambre y la fatiga de siglos. Durante una interminable sequía<sup>460</sup> le tocó enterrar a cuatro hermanos menores y cuando comprendió que llegaba su turno, decidió echar a andar por las llanuras en dirección al mar, a ver si en el viaje lograba burlar a la muerte. La tierra estaba erosionada, partida en profundas grietas<sup>461</sup>, sembrada de piedras, fósiles de árboles y de arbustos espinudos, esqueletos de animales blanqueados por el calor. De vez en cuando tropezaba con familias que, como ella, iban hacia el sur siguiendo el espejismo del agua. Algunos habían iniciado la marcha llevando sus pertenencias al hombro o en carretillas<sup>462</sup>, pero apenas podían mover sus propios huesos y a poco andar

453 **oficio** job

454 **palos** sticks

455 **lienzo** canvas

456 **atado** bundle

457 **sin saltarse** without omitting

458 **espantar** scare away

459 **sobrevivir** overcome

460 **sequía** drought

461 **grietas** cracks

462 **carretillas** wheelbarrows

debían abandonar sus cosas. Se arrastraban penosamente, con la piel convertida en cuero de lagarto<sup>463</sup> y los ojos quemados por la reverberación de la luz. Belisa los saludaba con un gesto al pasar, pero no se detenía, porque no podía gastar sus fuerzas en ejercicios de compasión. Muchos cayeron por el camino, pero ella era tan tozuda<sup>464</sup> que consiguió atravesar el infierno y arribó por fin a los primeros manantiales<sup>465</sup>, finos hilos de agua, casi invisibles, que alimentaban una vegetación raquílica, y que más adelante se convertían en riachuelos<sup>466</sup> y esteros.

Belisa Crepusculario salvó la vida y además descubrió por casualidad la escritura. Al llegar a una aldea en las proximidades de la costa, el viento colocó a sus pies una hoja de periódico. Ella tomó aquel papel amarillo y quebradizo y estuvo largo rato observándolo sin adivinar su uso, hasta que la curiosidad pudo más que su timidez. Se acercó a un hombre que lavaba un caballo en el mismo charco turbio donde ella saciara su sed.

-¿Qué es esto? -preguntó.

-La página deportiva del periódico -replicó el hombre sin dar muestras de asombro ante su ignorancia.

La respuesta dejó atónita a la muchacha, pero no quiso parecer descarada<sup>467</sup> y se limitó a inquirir el significado de las patitas de mosca<sup>468</sup> dibujadas sobre el papel.

-Son palabras, niña. Allí dice que Fulgencio Barba noqueó al Negro Tiznao en el tercer round.

Ese día Belisa Crepusculario se enteró que las palabras andan sueltas<sup>469</sup> sin dueño y cualquiera con un poco de maña puede apoderárselas para comerciar con ellas. Consideró su situación y concluyó que aparte de prostituirse o emplearse como sirvienta en las cocinas de los ricos, eran pocas las ocupaciones que podía desempeñar. Vender palabras le pareció una alternativa decente. A partir de ese momento ejerció esa profesión y nunca le interesó otra. Al principio ofrecía su mercancía sin sospechar<sup>470</sup> que las palabras podían también escribirse fuera de los periódicos. Cuando lo supo calculó las infinitas proyecciones de su negocio, con sus ahorros le pagó veinte pesos a un cura para que le enseñara a leer y escribir y con los tres que le sobraron se compró un diccionario. Lo revisó desde la A hasta la Z y luego lo lanzó al mar, porque no era su intención estafar<sup>471</sup> a los clientes con palabras envasadas.

Varios años después, en una mañana de agosto, se encontraba Belisa Crepusculario en el centro de una plaza, sentada bajo su toldo vendiendo argumentos de justicia a un viejo que solicitaba su pensión<sup>472</sup> desde hacía diecisiete años. Era día de mercado y había mucho bullicio a su alrededor. Se escucharon de pronto galopes y gritos, ella levantó los ojos de la escritura y vio primero una nube de polvo y enseguida un grupo de jinetes<sup>473</sup>

463 **cuero de lagarto** lizard skin

464 **tozuda** stubborn

465 **manantiales** water spring

466 **riachuelos** rivulets

467 **descarada** brazen

468 **mosca** fly

469 **sueeltas** free

470 **sospechar** suspect

471 **estafar** swindle

472 **pensión** retirement pay

473 **jinetes** horsemen

que irrumpió en el lugar. Se trataba de los hombres del Coronel, que venían al mando del Mulato, un gigante conocido en toda la zona por la rapidez de su cuchillo y la lealtad hacia su jefe. Ambos, el Coronel y el Mulato, habían pasado sus vidas ocupados en la Guerra Civil y sus nombres estaban irremisiblemente unidos al estropicio y la calamidad. Los guerreros entraron al pueblo como un rebaño en estampida, envueltos en ruido, bañados de sudor y dejando a su paso un espanto de huracán. Salieron volando las gallinas, dispararon a perderse los perros, corrieron las mujeres con sus hijos y no quedó en el sitio del mercado otra alma viviente que Belisa Crepusculario, quien no había visto jamás al Mulato y por lo mismo le extrañó que se dirigiera a ella.

-A ti te busco -le gritó señalándola con su látigo<sup>474</sup> enrollado y antes que terminara de decirlo, dos hombres cayeron encima de la mujer atropellando el toldo y rompiendo el tintero, la ataron de pies y manos y la colocaron atravesada como un bulto de marinero sobre la grupa<sup>475</sup> de la bestia del Mulato. Emprendieron galope en dirección a las colinas.

Horas más tarde, cuando Belisa Crepusculario estaba a punto de morir con el corazón convertido en arena por las sacudidas del caballo, sintió que se detenían y cuatro manos poderosas la depositaban en tierra. Intentó ponerse de pie y levantar la cabeza con dignidad, pero le fallaron las fuerzas y se desplomó<sup>476</sup> con un suspiro, hundiéndose en un sueño ofuscado. Despertó varias horas después con el murmullo de la noche en el campo, pero no tuvo tiempo de descifrar esos sonidos, porque al abrir los ojos se encontró ante la mirada impaciente del Mulato, arrodillado a su lado.

-Por fin despiertas, mujer- dijo alcanzándole su cantimplora<sup>477</sup> para que bebiera un sorbo de aguardiente con pólvora y acabara de recuperar la vida.

Ella quiso saber la causa de tanto maltrato y él le explicó que el Coronel necesitaba sus servicios. Le permitió mojarse la cara y enseguida la llevó a un extremo del campamento, donde el hombre más temido del país reposaba en una hamaca<sup>478</sup> colgada entre dos árboles. Ella no pudo verle el rostro, porque tenía encima la sombra incierta del follaje y la sombra imborrable de muchos años viviendo como un bandido, pero imaginó que debía ser de expresión perdularia si su gigantesco ayudante se dirigía a él con tanta humildad. Le sorprendió su voz, suave y bien modulada como la de un profesor.

-¿Eres la que vende palabras? -preguntó.

-Para servirte -balbuceó<sup>479</sup> ella oteando en la penumbra para verlo mejor.

El Coronel se puso de pie y la luz de la antorcha que llevaba el Mulato le dio de frente. La mujer vio su piel oscura y sus fieros ojos de puma y supo al punto que estaba frente al hombre más solo de este mundo.

-Quiero ser Presidente -dijo él.

474 látigo whip

475 grupa rump

476 desplomó fainted

477 cantimplora canteen

478 hamaca hammock

479 balbuceó stammered

Estaba cansado de recorrer esa tierra maldita en guerras inútiles y derrotas que ningún subterfugio podía transformar en victorias. Llevaba muchos años, durmiendo a la intemperie, picado de mosquitos, alimentándose de iguanas y sopa de culebra, pero esos inconvenientes menores no constituían razón suficiente para cambiar su destino. Lo que en verdad le fastidiaba era el terror en los ojos ajenos. Deseaba entrar a los pueblos bajo arcos de triunfo, entre banderas de colores y flores, que lo aplaudieran y le dieran de regalo huevos frescos y pan recién horneado. Estaba harto de comprobar cómo a su paso huían los hombres, abortaban<sup>480</sup> de susto las mujeres y temblaban las criaturas, por eso había decidido ser Presidente. El Mulato le sugirió que fueran a la capital y entraran galopando al Palacio para apoderarse del gobierno, tal como tomaron tantas otras cosas sin pedir permiso, pero al Coronel no le interesaba convertirse en otro tirano, de éstos ya habían tenido bastantes por allí y, además, de ese modo no obtendría el afecto de las gentes. Su idea consistía en ser elegido por votación popular en los comicios de diciembre.

-Para eso necesito hablar como un candidato. ¿Puedes venderme las palabras para un discurso<sup>481</sup>?-preguntó el Coronel a Belisa Crepusculario.

Ella había aceptado muchos encargos, pero ninguno como éste, sin embargo no pudo negarse, temiendo que el Mulato le metiera un tiro entre los ojos o, peor aún, que el Coronel se echara a llorar. Por otra parte, sintió el impulso de ayudarlo, porque percibió un palpitante calor en su piel, un deseo poderoso de tocar a ese hombre, de recorrerlo con sus manos, de estrecharlo<sup>482</sup> entre sus brazos.

Toda la noche y buena parte del día siguiente estuvo Belisa Crepusculario buscando en su repertorio las palabras apropiadas para un discurso presidencial, vigilada de cerca por el Mulato, quien no apartaba los ojos de sus firmes piernas de caminante y sus senos virginales. Descartó las palabras ásperas<sup>483</sup> y secas, las demasiado floridas, las que estaban desteñidas<sup>484</sup> por el abuso, las que ofrecían promesas improbables, las carentes de verdad y las confusas, para quedarse sólo con aquellas capaces de tocar con certeza el pensamiento de los hombres y la intuición de las mujeres. Haciendo uso de los conocimientos comprados al cura por veinte pesos, escribió el discurso en una hoja de papel y luego hizo señas al Mulato para que desatara la cuerda con la cual la había amarrado por los tobillos a un árbol. La condujeron nuevamente donde el Coronel y al verlo ella volvió a sentir la misma palpitante ansiedad del primer encuentro. Le pasó el papel y aguardó, mientras él lo miraba sujetándolo con la punta de los dedos.

-¿Qué carajo dice aquí? -preguntó por último.

-¿No sabes leer?

-Lo que yo sé hacer es la guerra -replicó él.

Ella leyó en alta voz el discurso. Lo leyó tres veces, para que su cliente pudiera grabárselo en la memoria. Cuando terminó vio la emoción en los rostros de los hombres de

480 **abortaban** miscarried

481 **discurso** speech

482 **estrecharlo** embrace him

483 **ásperas** harsh

484 **desteñidas** faded

la tropa que se juntaron para escucharla y notó que los ojos amarillos del Coronel brillaban de entusiasmo, seguro de que con esas palabras el sillón presidencial sería suyo.

-Si después de oírlo tres veces los muchachos siguen con la boca abierta, es que esta vaina sirve, Coronel -aprobó el Mulato.

-¿Cuánto te debo por tu trabajo, mujer? -preguntó el jefe.

-Un peso, Coronel.

-No es caro -dijo él abriendo la bolsa que llevaba colgada del cinturón con los restos del último botín<sup>485</sup>.

-Además tienes derecho a una ñapa<sup>486</sup>. Te corresponden dos palabras secretas -dijo Belisa Crepusculario.

-¿Cómo es eso?

Ella procedió a explicarle que por cada cincuenta centavos que pagaba un cliente, le obsequiaba una palabra de uso exclusivo. El jefe se encogió de hombros, pues no tenía ni el menor interés en la oferta, pero no quiso ser descortés con quien lo había servido tan bien. Ella se aproximó sin prisa al taburete de suela donde él estaba sentado y se inclinó para entregarle su regalo. Entonces el hombre sintió el olor de animal montuno que se desprendía de esa mujer, el calor de incendio que irradiaban sus caderas<sup>487</sup>, el roce terrible de sus cabellos, el aliento de yerbabuena susurrando en su oreja las dos palabras secretas a las cuales tenía derecho.

-Son tuyas, Coronel -dijo ella al retirarse -. Puedes emplearlas cuanto quieras.

El Mulato acompañó a Belisa hasta el borde del camino, sin dejar de mirarla con ojos suplicantes de perro perdido, pero cuando estiró la mano para tocarla, ella lo detuvo con un chorro de palabras inventadas que tuvieron la virtud de espantarle el deseo, porque creyó que se trataba de alguna maldición irrevocable.

En los meses de setiembre, octubre y noviembre el Coronel pronunció su discurso tantas veces, que de no haber sido hecho con palabras refulgentes<sup>488</sup> y durables el uso lo habría vuelto ceniza. Recorrió el país en todas direcciones, entrando a las ciudades con aire triunfal y deteniéndose también en los pueblos más olvidados, allí, donde sólo el rastro de basura indicaba la presencia humana, para convencer a los electores que votaran por él. Mientras hablaba sobre una tarima al centro de la plaza, el Mulato y sus hombres repartían caramelos y pintaban su nombre con escarcha dorada en las paredes, pero nadie prestaba atención a esos recursos de mercader, porque estaban deslumbrados por la claridad de sus proposiciones y la lucidez poética de sus argumentos, contagiados de su deseo tremendo de corregir los errores de la historia y alegres por primera vez en sus vidas. Al terminar la arenga del candidato, la tropa lanzaba pistoletazos<sup>489</sup> al aire y encendía petardos y cuando por fin se retiraban, quedaba atrás una estela de esperanza que perduraba muchos días

485 **botín** loot

486 **ñapa** bonus

487 **caderas** hips

488 **refulgentes** dazzling

489 **pistoletazos** gunshots

en el aire, como el recuerdo magnífico de un cometa. Pronto el Coronel se convirtió en el político más popular. Era un fenómeno nunca visto, aquel hombre surgido de la guerra civil, lleno de cicatrices<sup>490</sup> y hablando como un catedrático, cuyo prestigio se regaba por el territorio nacional conmoviendo el corazón de la patria. La prensa se ocupó de él. Viajaron de lejos los periodistas para entrevistarlo y repetir sus frases, y así creció el número de sus seguidores y de sus enemigos.

-Vamos bien, Coronel- dijo el Mulato al cumplirse doce semanas de éxito.

Pero el candidato no lo escuchó. Estaba repitiendo sus dos palabras secretas, como hacía cada vez con mayor frecuencia. Las decía cuando lo ablandaba la nostalgia, las murmuraba dormido, las llevaba consigo sobre su caballo, las pensaba antes de pronunciar su célebre discurso y se sorprendía saboreándolas en sus descuidos. Y en toda ocasión en que esas dos palabras venían a su mente, evocaba la presencia de Belisa Crepusculario y se alborotaban los sentidos con el recuerdo del olor montuno, el calor de incendio, el roce terrible y el aliento de yerbabuena, hasta que empezó a andar como un sonámbulo y sus propios hombres comprendieron que se le terminaría la vida antes de alcanzar el sillón de los presidentes.

-¿Qué es lo que te pasa, Coronel? -le preguntó muchas veces el Mulato, hasta que por fin un día el jefe no pudo más y le confesó que la culpa de su ánimo eran esas dos palabras que llevaba clavadas<sup>491</sup> en el vientre<sup>492</sup>.

-Dímelas, a ver si pierden su poder -le pidió su fiel ayudante.

-No te las diré, son sólo mías -replicó el Coronel.

Cansado de ver a su jefe deteriorarse como un condenado a muerte, el Mulato se echó el fusil<sup>493</sup> al hombro y partió en busca de Belisa Crepusculario. Siguió sus huellas por toda esa vasta geografía hasta encontrarla en un pueblo del sur, instalada bajo el toldo de su oficio, contando su rosario de noticias. Se le plantó delante con las piernas abiertas y el arma empuñada.

-Tú te vienes conmigo -ordenó.

Ella lo estaba esperando. Recogió su tintero, plegó el lienzo de su tenderete, se echó el chal sobre los hombros y en silencio trepó al anca del caballo. No cruzaron ni un gesto en todo el camino, porque al Mulato el deseo por ella se le había convertido en rabia y sólo el miedo que le inspiraba su lengua le impedía destrozarla a latigazos. Tampoco estaba dispuesto a comentarle que el Coronel andaba alelado<sup>494</sup>, y que lo que no habían logrado tantos años de batallas lo había conseguido un encantamiento susurrado al oído. Tres días después llegaron al campamento y de inmediato condujo a su prisionera hasta el candidato, delante de toda la tropa.

-Te traje a esta bruja<sup>495</sup> para que le devuelvas sus palabras, Coronel, y para que ella te

490 **cicatrices** scars

491 **clavadas** nailed

492 **vientre** belly

493 **fusil** rifle

494 **alelado** stupefied

495 **bruja** witch

devuelva la hombría<sup>496</sup> –dijo apuntando el cañón de su fusil a la nuca de la mujer.

El Coronel y Belisa Crepusculario se miraron largamente, midiéndose desde la distancia. Los hombres comprendieron entonces que ya su jefe no podía deshacerse del hechizo<sup>497</sup> de esas dos palabras endemoniadas, porque todos pudieron ver los ojos carnívoros del puma tornarse mansos cuando ella avanzó y le tomó la mano.



---

496 **hombría** manhood

497 **hechizo** spell



## A Roosevelt

- Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,  
que habría que llegar hasta ti, Cazador<sup>278</sup>,  
primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Washington y cuatro de Nemrod!
- 5 Eres los Estados Unidos, eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.
- Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;  
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.
- 10 Y domando caballos, o asesinando tigres,  
eres un Alejandro - Nabucodonosor.  
(Eres un profesor de Energía,  
como dicen los locos de hoy.)
- Crees que la vida es incendio,  
15 que el progreso es erupción,  
que en donde pones la bala<sup>279</sup>  
el porvenir pones.
- No.
- Los Estados Unidos son potentes y grandes.
- 20 Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor  
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.  
Si clamáis<sup>280</sup>, se oye como el rugir del león.  
Ya Hugo a Grant lo dijo: "Las estrellas son vuestras".  
(Apenas brilla, alzándose<sup>281</sup>, el argentino sol
- 25 y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.  
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;  
y alumbrando el camino de la fácil conquista,  
la Libertad levanta su antorcha<sup>282</sup> en Nueva-York.
- Mas la América nuestra, que tenía poetas  
30 desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;

278 **Cazador** hunter

279 **bala** bullet

280 **clamáis** cry out

281 **alzándose** rising up

282 **antorcha** torch

que consultó los astros, que conoció la Atlántida,  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
35 que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
la América del grande Moctezuma, del Inca,  
la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América católica, la América española,  
40 la América en que dijo el noble Guatemoc:  
"Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de amor;  
hombres de ojos sajones<sup>283</sup> y alma bárbara, vive.  
Y sueña. Y ama. Y vibra; y es la hija del Sol.  
45 Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser, por Dios mismo,  
el Riflero<sup>284</sup> terrible y el fuerte Cazador,  
para poder tenernos en vuestras férreas garras.<sup>285</sup>  
50 Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!



## Walking Around

Sucede que<sup>35</sup> me canso de ser hombre.  
Sucede que entro en las sastrerías<sup>36</sup> y en los cines  
marchito<sup>37</sup>, impenetrable, como un cisne de fieltro<sup>38</sup>  
navegando en un agua de origen y ceniza<sup>39</sup>.

5 El olor de las peluquerías<sup>40</sup> me hace llorar a gritos.  
Sólo quiero un descanso de piedras o de lana<sup>41</sup>,  
sólo quiero no ver establecimientos ni jardines,  
ni mercaderías, ni anteojos, ni ascensores.

Sucede que me canso de mis pies y mis uñas  
y mi pelo y mi sombra.  
10 Sucede que me canso de ser hombre.

Sin embargo sería delicioso  
asustar a un notario con un lirio<sup>42</sup> cortado  
o dar muerte a una monja con un golpe de oreja.  
Sería bello  
15 ir por las calles con un cuchillo verde

35 **sucede que** It happens that

36 **sastrerías** tailor shops

37 **marchito** shriveled

38 **cisne de fieltro** felt swan

39 **ceniza** ash

40 **peluquerías** barber shops

41 **lana** wool

42 **lirio** lily

y dando gritos hasta morir de frío.

20 No quiero seguir siendo raíz en las tinieblas,  
vacilante, extendido, tiritando<sup>43</sup> de sueño,  
hacia abajo, en las tripas<sup>44</sup> mojadas de la tierra,  
absorbiendo y pensando, comiendo cada día.

25 No quiero para mí tantas desgracias.  
No quiero continuar de raíz y de tumba,  
de subterráneo solo, de bodega<sup>45</sup> con muertos,  
ateridos<sup>46</sup>, muriéndome de pena.  
Por eso el día lunes arde como el petróleo  
cuando me ve llegar con mi cara de cárcel,  
y aúlla<sup>47</sup> en su transcurso<sup>48</sup> como una rueda herida,  
y da pasos de sangre caliente hacia la noche.

30 Y me empuja a ciertos rincones, a ciertas casas húmedas,  
a hospitales donde los huesos salen por la ventana,  
a ciertas zapaterías con olor a vinagre,  
a calles espantosas como grietas<sup>49</sup>.

35 Hay pájaros de color de azufre<sup>50</sup> y horribles intestinos  
colgando de las puertas de las casas que odio,  
hay dentaduras olvidadas en una cafetera,  
hay espejos  
que debieran haber llorado de vergüenza y espanto,  
hay paraguas en todas partes, y venenos<sup>51</sup>, y ombligos<sup>52</sup>.

40 Yo paseo con calma, con ojos, con zapatos,  
con furia, con olvido,  
paso, cruzo oficinas y tiendas de ortopedia,  
y patios donde hay ropas colgadas de un alambre<sup>53</sup>:  
calzoncillos, toallas y camisas que lloran  
lentas lágrimas sucias.



43 **tiritando** to shivering

44 **tripas** guts

45 **bodega** cellar

46 **aterido** freezing

47 **aúlla** howls

48 **transcurso** course

49 **grietas** crevices

50 **azufre** sulphur

51 **venenos** poisons

52 **ombligos** belly buttons

53 **alambre** wire



nunca concurro, porque me recuerda que a los veinte años podía darme más lujos que a los cuarenta. Entonces todos estábamos en un mismo plano, hubiéramos rechazado con energía cualquier opinión peyorativa hacia los compañeros –de hecho, librábamos la batalla por aquellos a quienes en la casa discutían por su baja extracción o falta de elegancia. Yo sabía que muchos de ellos (quizá los más humildes) llegarían muy alto y aquí, en la escuela, se iban a forjar las amistades duraderas<sup>402</sup> en cuya compañía cursaríamos el mar bravío. No, no fue así. No hubo reglas. Muchos de los humildes quedaron allí, muchos llegaron más arriba de lo que pudimos pronosticar en aquellas fogosas, amables tertulias. Otros, que parecíamos prometerlo todo, nos quedamos a la mitad del camino, destripados en un examen extracurricular, aislados por una zanja<sup>403</sup> invisible de los que triunfaron y de los que nada alcanzaron. En fin, hoy volví a sentarme en las sillas modernizadas – también, como barricada de una invasión, la fuente de sodas– y pretendí leer expedientes. Vi a muchos, cambiados, amnésicos, retocados de luz neón, prósperos. Con el café que casi no reconocía, con la ciudad misma, habían ido cincelándose a ritmo distinto del mío. No, ya no me reconocían, o no me querían reconocer. A lo sumo –uno o dos– una mano gorda y rápida sobre el hombro. Adiós viejo, qué tal. Entre ellos y yo mediaban los dieciocho agujeros del Country Club. Me disfracé<sup>404</sup> en los expedientes. Desfilaron los años de las grandes ilusiones, de los pronósticos felices y también todas las omisiones que impidieron su realización. Sentí la angustia de no poder meter los dedos en el pasado y pegar los trozos de algún rompecabezas<sup>405</sup> abandonado; pero el arcón de los juguetes se va olvidando y, al cabo, ¿quién sabrá adónde fueron a dar los soldados de plomo, los cascos, las espadas de madera? Los disfraces tan queridos, no fueron más que eso. Y sin embargo había habido constancia, disciplina, apego al deber. ¿No era suficiente, o sobraba? No dejaba en ocasiones de asaltarme el recuerdo de Rilke. La gran recompensa de la aventura de juventud debe ser la muerte; jóvenes, debemos partir con todos nuestros secretos. Hoy, no tendría que volver la vista a las ciudades de sal. ¿Cinco pesos? Dos de propina.

Pepe, aparte de su pasión por el derecho mercantil<sup>406</sup>, gusta de teorizar. Me vio salir de Catedral, y juntos nos encaminamos a Palacio. Él es descreído<sup>407</sup>, pero no le basta: en media cuadra tuvo que fabricar una teoría. Que si yo no fuera mexicano, no adoraría a Cristo y –No, mira, parece evidente. Llegan los españoles y te proponen adorar a un Dios muerto hecho un coágulo, con el costado<sup>408</sup> herido, clavado en una cruz. Sacrificado. Ofrendado. ¿Qué cosa más natural que aceptar un sentimiento tan cercano a todo tu ceremonial, a toda tu vida?... Figúrate, en cambio, que México hubiera sido conquistado por budistas o por mahometanos. No es concebible que nuestros indios veneraran a un individuo que murió de indigestión. Pero un Dios al que no le basta que se sacrifiquen por él, sino que incluso va a que le arranquen el corazón, ¡caramba, jaque mate a Huitzilopochtli! El cristianismo, en su sentido cálido, sangriento, de sacrificio y liturgia, se vuelve una

403 **zanja** ditch

404 **me disfracé** I hid

405 **rompecabezas** puzzle

406 **derecho mercantil**  
commercial law

407 **descreído** unbeliever

408 **costado** side

prolongación natural y novedosa de la religión indígena. Los aspectos caridad, amor y la otra mejilla<sup>409</sup>, en cambio, son rechazados. Y todo en México es eso: hay que matar a los hombres para poder creer en ellos.

Pepe sabía mi afición, desde joven, por ciertas formas de arte indígena mexicano. Yo colecciono estatuillas, ídolos, cacharros<sup>410</sup>. Mis fines de semana los paso en Tlaxcala o en Teotihuacán. Acaso por esto le guste relacionar todas las teorías que elabora para mi consumo con estos temas. Por cierto que busco una réplica razonable del Chac Mool desde hace tiempo, y hoy Pepe me informa de un lugar en la Lagunilla donde venden uno de piedra y parece que barato. Voy a ir el domingo.

Un guasón<sup>411</sup> pintó de rojo el agua del garrafón en la oficina, con la consiguiente perturbación de las labores. He debido consignarlo al Director, a quien sólo le dio mucha risa. El culpable se ha valido de esta circunstancia para hacer sarcasmos a mis costillas el día entero, todos en torno al agua. ¡Ch...!

Hoy domingo, aproveché para ir a la Lagunilla. Encontré el Chac Mool en la tienducha que me señaló Pepe. Es una pieza preciosa, de tamaño natural, y aunque el marchante<sup>412</sup> asegura su originalidad, lo dudo. La piedra es corriente, pero ello no aminora la elegancia de la postura o lo macizo del bloque. El desleal vendedor le ha embarrado salsa de tomate en la barriga para convencer a los turistas de la autenticidad sangrienta de la escultura.

El traslado a la casa me costó más que la adquisición. Pero ya está aquí, por el momento en el sótano<sup>413</sup> mientras reorganizo mi cuarto de trofeos a fin de darle cabida. Estas figuras necesitan sol, vertical y fogoso; ese fue su elemento y condición. Pierde mucho en la oscuridad del sótano, como simple bulto agónico, y su mueca<sup>414</sup> parece reprocharme que le niegue la luz. El comerciante tenía un foco que iluminaba vertical a la escultura, que recortaba todas las aristas, y le daba una expresión más amable a mi Chac Mool. Habrá que seguir su ejemplo.

Amanecí con la tubería<sup>415</sup> descompuesta<sup>416</sup>. Incauto, dejé correr el agua de la cocina y se desbordó, corrió por el suelo y llegó hasta el sótano, sin que me percatara. El Chac Mool resiste la humedad, pero mis maletas sufrieron, y todo esto en día de labores, me ha obligado a llegar tarde a la oficina.

Vinieron, por fin, a arreglar la tubería. Las maletas, torcidas. Y el Chac Mool, con lama<sup>417</sup> en la base.

Desperté a la una: había escuchado un quejido<sup>418</sup> terrible. Pensé en ladrones. Pura imaginación.

Los lamentos<sup>419</sup> nocturnos han seguido. No sé a qué atribuirlos, pero estoy nervioso. Para colmo de males, la tubería volvió a descomponerse, y las lluvias se han colado,

409 **mejilla** cheek

410 **cacharros** pottery

411 **guasón** joker

412 **marchante** salesman

413 **sótano** basement

414 **mueca** grimace

415 **tubería** pipes

416 **descompuesta** broken  
down

417 **lama** moss

418 **quejido** moan

419 **lamento** moan

inundando el sótano.

El plomero<sup>420</sup> no viene, estoy desesperado. Del departamento del Distrito Federal, más vale no hablar. Es la primera vez que el agua de las lluvias no obedece a las coladeras y viene a dar a mi sótano. Los quejidos han cesado: vaya una cosa por otra.

Secaron el sótano, y el Chac Mool está cubierto de lama. Le da un aspecto grotesco, porque toda la masa de la escultura parece padecer de una erisipela verde, salvo los ojos, que han permanecido de piedra. Voy a aprovechar el domingo para raspar el musgo<sup>421</sup>. Pepe me ha recomendado cambiarme a un apartamento, y en el último piso, para evitar estas tragedias acuáticas. Pero yo no puedo dejar este caserón<sup>422</sup>, ciertamente es muy grande para mí solo, un poco lúgubre en su arquitectura porfiriana, pero que es la única herencia y recuerdo de mis padres. No sé qué me daría ver una fuente de sodas con sinfonola en el sótano y una casa de decoración en la planta baja.

Fui a raspar la lama del Chac Mool con una espátula. El musgo parecía ser ya parte de la piedra; fue labor de más de una hora, y sólo a las seis de la tarde pude terminar. No era posible distinguir en la penumbra<sup>423</sup> y, al dar fin al trabajo, con la mano seguí los contornos de la piedra. Cada vez que repasaba el bloque parecía reblandecerse<sup>424</sup>. No quise creerlo: era ya casi una pasta. Este mercader de la Lagunilla me ha timado<sup>425</sup>. Su escultura precolombina es puro yeso<sup>426</sup>, y la humedad acabará por arruinarla. Le he echado encima unos trapos<sup>427</sup>, y mañana la pasaré a la pieza de arriba, antes de que sufra un deterioro total.

Los trapos están en el suelo. Increíble. Volví a palpar el Chac Mool. Se ha endurecido pero no vuelve a la piedra. No quiero escribirlo: hay en el torso algo de la textura de la carne, lo aprieto como goma, siento que algo corre por esa figura recostada... Volví a bajar en la noche. No cabe duda: el Chac Mool tiene vello<sup>428</sup> en los brazos.

Esto nunca me había sucedido. Tergiversé<sup>429</sup> los asuntos en la oficina; giré una orden de pago que no estaba autorizada, y el Director tuvo que llamarme la atención. Quizá me mostré hasta descortés con los compañeros. Tendré que ver a un médico, saber si es mi imaginación, o delirio, o qué, y deshacerme de ese maldito Chac Mool".

Hasta aquí, la escritura de Filiberto era la vieja, la que tantas veces vi en memoranda y formas, ancha y ovalada. La entrada del 25 de agosto, sin embargo, parecía escrita por otra persona. A veces como niño, separando trabajosamente cada letra; otras, nerviosa, hasta diluirse en lo ininteligible. Hay tres días vacíos, y el relato continúa.

"Todo es tan natural; y luego se cree en lo real... pero esto lo es, más que lo creído por mí. Si es real un garrafón, y más, porque nos damos mejor cuenta de su existencia, o estar, si pinta un bromista de rojo el agua... Real bocanada de cigarro efímera, real imagen monstruosa en un espejo de circo, reales, ¿no lo son todos los muertos, presentes

420 **plomero** plumber

421 **musgo** moss

422 **caserón** big house

423 **penumbra** twilight

424 **reblandecerse** soften

425 **timado** swindle

426 **yeso** plaster

427 **trapos** rags

428 **vello** hair

429 **tergiversé** I mixed up

y olvidados?... Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces, qué?... Realidad: cierto día la quebraron en mil pedazos, la cabeza fue a dar allá, la cola aquí, y nosotros no conocemos más que uno de los trozos desprendidos de su gran cuerpo. Océano libre y ficticio, sólo real cuando se le aprisiona en un caracol. Hasta hace tres días, mi realidad lo era al grado de haberse borrado hoy: era movimiento reflejo, rutina, memoria, cartapacio. Y luego, como la tierra que un día tiembla para que recordemos su poder, o la muerte que llegará, recriminando mi olvido de toda la vida, se presenta otra realidad que sabíamos estaba allí, mostrenca, y que debe sacudirnos para hacerse viva y presente. Creía, nuevamente, que era pura imaginación: el Chac Mool, blando y elegante, había cambiado de color en una noche; amarillo, casi dorado, parecía indicarme que era un Dios, por ahora laxo<sup>430</sup>, con las rodillas menos tensas que antes, con la sonrisa más benévola. Y ayer, por fin, un despertar sobresaltado, con esa seguridad espantosa de que hay dos respiraciones en la noche, de que en la oscuridad laten más pulsos que el propio. Sí, se escuchaban pasos en la escalera. Pesadilla<sup>431</sup>. Vuelta a dormir... No sé cuánto tiempo pretendí dormir. Cuando volví a abrir los ojos, aún no amanecía<sup>432</sup>. El cuarto olía a horror, a incienso y sangre. Con la mirada negra, recorrí la recámara, hasta detenerme en dos orificios de luz parpadeante, en dos flámulas crueles y amarillas.

Casi sin aliento, encendí la luz.

Allí estaba Chac Mool, erguido, sonriente, ocre, con su barriga<sup>433</sup> encarnada. Me paralizaban los dos ojillos, casi bizcos, muy pegados al caballete de la nariz triangular. Los dientes inferiores, mordiendo el labio superior, inmóviles; sólo el brillo del casquetón<sup>434</sup> cuadrado sobre la cabeza anormalmente voluminosa, delataba vida. Chac Mool avanzó hacia mi cama; entonces empezó a llover”.

Recuerdo que a fines de agosto, Filiberto fue despedido de la Secretaría, con una recriminación pública del Director, y rumores de locura y aun robo. Esto no lo creí. Sí vi unos oficios descabellados, preguntando al Oficial mayor si el agua podía olerse, ofreciendo sus servicios al Secretario de Recursos Hidráulicos para hacer llover en el desierto. No supe qué explicación darme; pensé que las lluvias excepcionalmente fuertes, de ese verano, lo habían crispado. O que alguna depresión moral debía producir la vida en aquel caserón antiguo, con la mitad de los cuartos bajo llave y empolvados, sin criados ni vida de familia. Los apuntes siguientes son de fines de septiembre:

“Chac Mool puede ser simpático cuando quiere, ...un gluglú de agua embelesada... Sabe historias fantásticas sobre los monzones, las lluvias ecuatoriales y el castigo de los desiertos; cada planta arranca su paternidad mítica: el sauce, su hija descarriada; los lotos, sus mimados; su suegra, el cacto. Lo que no puedo tolerar es el olor, extrahumano, que emana de esa carne que no lo es, de las chanclas<sup>435</sup> flameantes de ancianidad. Con

430 **laxo** relaxed

432 **amanecia** dawned

434 **casquetón** large helmet

431 **pesadilla** nightmare

433 **barriga** belly

risa estridente, el Chac Mool revela cómo fue descubierto por Le Plongeon, y puesto físicamente en contacto con hombres de otros símbolos. Su espíritu ha vivido en el cántaro y la tempestad, natural; otra cosa es su piedra, y haberla arrancado del escondite es artificial y cruel. Creo que nunca lo perdonará el Chac Mool. Él sabe de la inminencia del hecho estético.

He debido proporcionarle sapolio<sup>436</sup> para que se lave el estómago que el mercader le untó de al creerlo azteca. No pareció gustarle mi pregunta sobre su parentesco con Tlaloc, y, cuando se enoja, sus dientes, de por sí repulsivos, se afilan<sup>437</sup> y brillan. Los primeros días, bajó a dormir al sótano; desde ayer, en mi cama.

Ha empezado la temporada seca. Ayer, desde la sala en que duermo ahora, comencé a oír los mismos lamentos roncós del principio, seguidos de ruidos terribles. Subí y entreabrí la puerta de la recámara: el Chac Mool estaba rompiendo las lámparas, los muebles; saltó hacia la puerta con las manos arañadas, y apenas pude cerrar e irme a esconder al baño... Luego bajó jadeante y pidió agua; todo el día tiene corriendo las llaves, no queda un centímetro seco en la casa. Tengo que dormir muy abrigado, y le he pedido que no empape la sala más”.

El Chac Mool inundó hoy la sala. Exasperado, dije que lo iba a devolver a la Lagunilla. Tan terrible como su risilla –horrorosamente distinta a cualquier risa de hombre o de animal– fue la bofetada<sup>438</sup> que me dio, con ese brazo cargado de brazaletes pesados. Debo reconocerlo: soy su prisionero. Mi idea original era distinta: yo dominaría al Chac Mool, como se domina a un juguete; era, acaso, una prolongación de mi seguridad infantil; pero la niñez –¿quién lo dijo?– es fruto comido por los años, y yo no me he dado cuenta... Ha tomado mi ropa y se pone las batas cuando empieza a brotarle musgo verde. El Chac Mool está acostumbrado a que se le obedezca, por siempre y para siempre; yo, que nunca he debido mandar, sólo puedo doblegarme<sup>439</sup>. Mientras no llueva –¿y su poder mágico?– vivirá colérico e irritable.

Hoy descubrí que en las noches el Chac Mool sale de la casa. Siempre, al oscurecer, canta una canción chirriona y antigua, más vieja que el canto mismo. Luego cesa. Toqué varias veces a su puerta, y cuando no me contestó, me atrevía a entrar. La recámara, que no había vuelto a ver desde el día en que intentó atacarme la estatua, está en ruinas, y allí se concentra ese olor a incienso y sangre que ha permeado la casa. Pero detrás de la puerta, hay huesos<sup>440</sup>: huesos de perros, de ratones y gatos. Esto es lo que roba en la noche el Chac Mool para sustentarse. Esto explica los ladridos<sup>441</sup> espantosos de todas las madrugadas.

Febrero, seco. Chac Mool vigila cada paso mío; ha hecho que telefonee a una fonda para que me traigan diariamente arroz con pollo. Pero lo sustraído<sup>442</sup> de la oficina ya se va a acabar. Sucedió lo inevitable: desde el día primero, cortaron el agua y la luz por falta de

435 **chanclas** sandals

436 **sapolio** soap

437 **afilan** become sharper

438 **bofetada** slap in the face

439 **doblegarme** obey

440 **huesos** bones

441 **ladridos** barking

442 **sustraído** stolen

pago. Pero Chac ha descubierto una fuente pública a dos cuadras de aquí; todos los días hago diez o doce viajes por agua, y él me observa desde la azotea<sup>443</sup>. Dice que si intento huir me fulminará: también es Dios del Rayo. Lo que él no sabe es que estoy al tanto de sus correrías nocturnas... Como no hay luz, debo acostarme a las ocho. Ya debería estar acostumbrado al Chac Mool, pero hace poco, en la oscuridad, me topé con<sup>444</sup> él en la escalera, sentí sus brazos helados, las escamas<sup>445</sup> de su piel renovada, y quise gritar.

Si no llueve pronto, el Chac Mool va a convertirse en piedra otra vez. He notado su dificultad reciente para moverse; a veces se reclina durante horas, paralizado, y parece ser, de nuevo, un ídolo. Pero estos reposos sólo le dan nuevas fuerzas para vejarme<sup>446</sup>, arañarme<sup>447</sup> como si pudiese arrancar algún líquido de mi carne. Ya no tienen lugar aquellos intermedios amables en que relataba viejos cuentos; creo notar un resentimiento concentrado. Ha habido otros indicios que me han puesto a pensar: se está acabando mi bodega; acaricia la seda de las batas; quiere que traiga una criada a la casa; me ha hecho enseñarle a usar jabón y lociones. Creo que el Chac Mool está cayendo en tentaciones humanas, incluso hay algo viejo en su cara que antes parecía eterna. Aquí puede estar mi salvación: si el Chac se humaniza, posiblemente todos sus siglos de vida se acumulen en un instante y caiga fulminado. Pero también, aquí, puede germinar mi muerte: el Chac no querrá que asista a su derrumbe<sup>448</sup>, es posible que desee matarme.

Hoy aprovecharé la excursión nocturna de Chac para huir. Me iré a Acapulco; veremos qué puede hacerse para adquirir trabajo y esperar la muerte de Chac Mool; sí, se acerca; está canoso<sup>449</sup>, abotagado<sup>450</sup>. Necesito asolearme, nadar, recuperar fuerza. Me quedan cuatrocientos pesos. Iré a la Pensión Müller, que es barata y cómoda. Que se adueñe de todo Chac Mool: a ver cuánto dura sin mis baldes de agua”.

Aquí termina el diario de Filiberto. No quise volver a pensar en su relato; dormí hasta Cuernavaca. De ahí a México pretendí dar coherencia al escrito, relacionarlo con exceso de trabajo, con algún motivo psicológico. Cuando a las nueve de la noche llegamos a la terminal, aún no podía concebir la locura de mi amigo. Contraté una camioneta para llevar el féretro a casa de Filiberto, y desde allí ordenar el entierro.

Antes de que pudiera introducir la llave en la cerradura, la puerta se abrió. Apareció un indio amarillo, en bata de casa, con bufanda. Su aspecto no podía ser más repulsivo; despedía un olor a loción barata; su cara polveada, quería cubrir las arrugas<sup>451</sup>; tenía la boca embarrada de lápiz labial mal aplicado, y el pelo daba la impresión de estar teñido<sup>452</sup>.

–Perdone... no sabía que Filiberto hubiera...

–No importa; lo sé todo. Dígale a los hombres que lleven el cadáver al sótano.



443 **azotea** terrace

444 **topé con** I met

445 **escamas** scales

446 **vejarme** annoy me

447 **arañarme** scratch  
me

448 **derrumbe** ruin

449 **canoso** white haired

450 **abotagado** bloated

451 **arrugas** wrinkles

452 **teñido** dyed



45 Sombras que sólo yo veo,  
me escoltan mis dos abuelos.

Don Federico me grita  
y Taita Facundo calla;  
los dos en la noche sueñan

50 y andan, andan.  
Yo los junto.

--¡Federico!  
¡Facundo! Los dos se abrazan.

Los dos suspiran<sup>32</sup>. Los dos  
las fuertes cabezas alzan<sup>33</sup>; 55  
los dos del mismo tamaño,  
bajo las estrellas altas;

los dos del mismo tamaño,  
ansia negra y ansia blanca,  
los dos del mismo tamaño, 60  
gritan, sueñan, lloran, cantan.

Sueñan, lloran, cantan.

Lloran, cantan.

¡Cantan!



---

32 **suspiran** sigh

33 **alzan** hold high

## El ahogado más hermoso del mundo

Los primeros niños que vieron el promontorio<sup>246</sup> oscuro y sigiloso<sup>247</sup> que se acercaba por el mar, se hicieron la ilusión de que era un barco enemigo. Después vieron que no llevaba banderas ni arboladura, y pensaron que fuera una ballena<sup>248</sup>. Pero cuando quedó varado en la playa le quitaron los matorrales de sargazos<sup>249</sup>, los filamentos de medusas y los restos de cardúmenes y naufragios que llevaba encima, y sólo entonces descubrieron que era un ahogado.<sup>250</sup>

Habían jugado con él toda la tarde, enterrándolo y desenterrándolo en la arena, cuando alguien los vio por casualidad y dio la voz de alarma en el pueblo. Los hombres que lo cargaron hasta la casa más próxima notaron que pesaba más que todos los muertos conocidos, casi tanto como un caballo, y se dijeron que tal vez había estado demasiado tiempo a la deriva<sup>251</sup> y el agua se le había metido dentro de los huesos. Cuando lo tendieron en el suelo vieron que había sido mucho más grande que todos los hombres, pues apenas si cabía en la casa, pero pensaron que tal vez la facultad de seguir creciendo después de la muerte estaba en la naturaleza de ciertos ahogados. Tenía el olor del mar, y sólo la forma permitía suponer que era el cadáver de un ser humano, porque su piel estaba revestida de una coraza<sup>252</sup> de rémora<sup>253</sup> y de lodo<sup>254</sup>.

No tuvieron que limpiarle la cara para saber que era un muerto ajeno. El pueblo tenía apenas unas veinte casas de tablas, con patios de piedras sin flores, desperdigadas en el extremo de un cabo desértico. La tierra era tan escasa, que las madres andaban siempre con el temor de que el viento se llevara a los niños, y a los pocos muertos que les iban causando los años tenían que tirarlos en los acantilados<sup>255</sup>. Pero el mar era manso y pródigo, y todos los hombres cabían en siete botes. Así que cuando se encontraron el ahogado les bastó con mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que estaban completos.

Aquella noche no salieron a trabajar en el mar. Mientras los hombres averiguaban si no faltaba alguien en los pueblos vecinos, las mujeres se quedaron cuidando al ahogado. Le quitaron el lodo con tapones de esparto, le desenredaron del cabello los abrojos submarinos y le rasparon la rémora con fierros de desescamar pescados. A medida que lo hacían, notaron que su vegetación era de océanos remotos y de aguas profundas, y que sus ropas estaban en piltrafas, como si hubiera navegado por entre laberintos de corales. Notaron también que sobrellevaba<sup>256</sup> la muerte con altivez<sup>257</sup>, pues no tenía el semblante<sup>258</sup> solitario de los otros ahogados del mar, ni tampoco la catadura sórdida y menesterosa<sup>259</sup> de los ahogados fluviales<sup>260</sup>. Pero solamente cuando acabaron de limpiarlo tuvieron

246 **promontorio** bulky object

247 **sigiloso** mysterious

248 **ballena** whale

249 **sargazos** algae

250 **ahogado** drowned man

251 **a la deriva** adrift

252 **coraza** hard shell

253 **rémora** trailing seaweeds

254 **lodo** mud

255 **acantilados** cliffs

256 **sobrellevaba** endured

257 **altivez** pride

258 **semblante** countenance

259 **menesterosa** needy

260 **fluviales** of the rivers

conciencia de la clase de hombre que era, y entonces se quedaron sin aliento. No sólo era el más alto, el más fuerte, el más viril y el mejor armado que habían visto jamás, sino que todavía cuando lo estaban viendo no les cabía en la imaginación.

No encontraron en el pueblo una cama bastante grande para tenderlo ni una mesa bastante sólida para velarlo<sup>261</sup>. No le vinieron los pantalones de fiesta de los hombres más altos, ni las camisas dominicales de los más corpulentos, ni los zapatos del mejor plantado. Fascinadas por su desproporción y su hermosura, las mujeres decidieron entonces hacerle unos pantalones con un buen pedazo de vela cangreja, y una camisa de bramante de novia, para que pudiera continuar su muerte con dignidad. Mientras cosían sentadas en círculo, contemplando el cadáver entre puntada<sup>262</sup> y puntada, les parecía que el viento no había sido nunca tan tenaz<sup>263</sup> ni el Caribe había estado nunca tan ansioso como aquella noche, y suponían que esos cambios tenían algo que ver con el muerto. Pensaban que si aquel hombre magnífico hubiera vivido en el pueblo, su casa habría tenido las puertas más anchas, el techo más alto y el piso más firme, y el bastidor de su cama habría sido de cuadernas maestras con pernos de hierro, y su mujer habría sido la más feliz. Pensaban que habría tenido tanta autoridad que hubiera sacado los peces del mar con sólo llamarlos por sus nombres, y habría puesto tanto empeño en el trabajo que hubiera hecho brotar<sup>264</sup> manantiales<sup>265</sup> de entre las piedras más áridas y hubiera podido sembrar flores en los acantilados. Lo compararon en secreto con sus propios hombres, pensando que no serían capaces de hacer en toda una vida lo que aquél era capaz de hacer en una noche, y terminaron por repudiarlos en el fondo de sus corazones como los seres más escuálidos y mezquinos de la tierra. Andaban extraviadas por esos dédalos de fantasía, cuando la más vieja de las mujeres, que por ser la más vieja había contemplado al ahogado con menos pasión que compasión, suspiró:

-Tiene cara de llamarse Esteban.

Era verdad. A la mayoría le bastó con mirarlo otra vez para comprender que no podía tener otro nombre. Las más porfiadas, que eran las más jóvenes, se mantuvieron con la ilusión de que al ponerle la ropa, tendido entre flores y con unos zapatos de charol, pudiera llamarse Lautaro. Pero fue una ilusión vana. El lienzo resultó escaso, los pantalones mal cortados y peor cosidos le quedaron estrechos, y las fuerzas ocultas de su corazón hacían saltar los botones de la camisa. Después de la media noche se adelgazaron<sup>266</sup> los silbidos<sup>267</sup> del viento y el mar cayó en el sopor<sup>268</sup> del miércoles. El silencio acabó con las últimas dudas: era Esteban. Las mujeres que lo habían vestido, las que lo habían peinado, las que le habían cortado las uñas y raspado la barba no pudieron reprimir un estremecimiento de compasión cuando tuvieron que resignarse a dejarlo tirado por los suelos. Fue entonces cuando comprendieron cuánto debió haber sido de infeliz con aquel cuerpo descomunal<sup>269</sup>,

261 **velarlo** wake him

262 **puntada** stitch

263 **tenaz** tenacious

264 **brotar** spring forth

265 **manantiales** springs of water

266 **se adelgazaron** deminished

267 **silbidos** whistling sounds

268 **sopor** drowsiness

269 **descomunal** larger than normal

si hasta después de muerto le estorbaba<sup>270</sup>. Lo vieron condenado en vida a pasar de medio lado por las puertas, a descalabrarse con los travesaños, a permanecer de pie en las visitas sin saber qué hacer con sus tiernas y rosadas manos de buey de mar, mientras la dueña de casa buscaba la silla más resistente<sup>271</sup> y le suplicaba muerta de miedo siéntese aquí Esteban, hágame el favor, y él recostado contra las paredes, sonriendo, no se preocupe señora, así estoy bien, con los talones en carne viva y las espaldas escaldadas de tanto repetir lo mismo en todas las visitas, no se preocupe señora, así estoy bien, sólo para no pasar vergüenza de desbaratar<sup>272</sup> la silla, y acaso sin haber sabido nunca que quienes le decían no te vayas Esteban, espérate siquiera hasta que hierva el café, eran los mismos que después susurraban ya se fue el bobo grande, qué bueno, ya se fue el tonto hermoso. Esto pensaban las mujeres frente al cadáver un poco antes del amanecer. Más tarde, cuando le taparon<sup>273</sup> la cara con un pañuelo<sup>274</sup> para que no le molestara la luz, lo vieron tan muerto para siempre, tan indefenso<sup>275</sup>, tan parecido a sus hombres, que se les abrieron las primeras grietas<sup>276</sup> de lágrimas en el corazón. Fue una de las más jóvenes la que empezó a sollozar<sup>277</sup>. Las otras, alentándose entre sí, pasaron de los suspiros<sup>278</sup> a los lamentos, y mientras más sollozaban más deseos sentían de llorar, porque el ahogado se les iba volviendo cada vez más Esteban, hasta que lo lloraron tanto que fue el hombre más desvalido<sup>279</sup> de la tierra, el más manso<sup>280</sup> y el más servicial<sup>281</sup>, el pobre Esteban. Así que cuando los hombres volvieron con la noticia de que el ahogado no era tampoco de los pueblos vecinos, ellas sintieron un vacío de júbilo entre las lágrimas.

—¡Bendito sea Dios —suspiraron—: es nuestro!

Los hombres creyeron que aquellos aspavientos<sup>282</sup> no eran más que frivolidades de mujer. Cansados de las tortuosas averiguaciones de la noche, lo único que querían era quitarse de una vez el estorbo del intruso antes de que prendiera el sol bravo de aquel día árido y sin viento. Improvisaron unas angarillas<sup>283</sup> con restos de trinquetes<sup>284</sup> y botavaras<sup>285</sup>, y las amarraron con carlingas de altura, para que resistieran el peso del cuerpo hasta los acantilados. Quisieron encadenarle<sup>286</sup> a los tobillos<sup>287</sup> un ancla<sup>288</sup> de buque mercante para que fondeara<sup>289</sup> sin tropiezos en los mares más profundos donde los peces son ciegos y los buzos se mueren de nostalgia, de manera que las malas corrientes no fueran a devolverlo a la orilla, como había sucedido con otros cuerpos. Pero mientras más se apresuraban, más cosas se les ocurrían a las mujeres para perder el tiempo. Andaban como gallinas asustadas picoteando amuletos de mar en los arcones, unas estorbando aquí porque querían ponerle al ahogado los escapularios<sup>290</sup> del buen viento, otras estorbando allá para abrocharse una pulsera de orientación, y al cabo de tanto quítate de ahí mujer, ponte

270 **estorbaba** got in his way

271 **resistente** strong

272 **desbaratar** to break

273 **taparon** covered

274 **pañuelo** handkerchief

275 **indefenso** helpless

276 **grietas** cracks

277 **sollozar** to weep

278 **suspiros** sighs

279 **desvalido** vulnerable

280 **manso** gentle

281 **servicial** helpful

282 **aspavientos** fuss

283 **angarillas** stretcher

284 **trinquetes** sails

285 **botavaras** poles

286 **encadenarle** chain

287 **tobillos** ankles

288 **ancla** anchor

289 **fondeara** sink to the bottom

290 **escapularios** religious medals

donde no estorbes, mira que casi me haces caer sobre el difunto, a los hombres se les subieron al hígado las suspicacias<sup>291</sup> y empezaron a rezongar<sup>292</sup> que con qué objeto tanta ferretería de altar mayor para un forastero<sup>293</sup>, si por muchos estoperoles y calderetas que llevara encima se lo iban a masticar los tiburones<sup>294</sup>, pero ellas seguían tripotando<sup>295</sup> sus reliquias de pacotilla, llevando y trayendo, tropezando, mientras se les iba en suspiros lo que no se les iba en lágrimas, así que los hombres terminaron por despotricar<sup>296</sup> que de cuándo acá semejante alboroto por un muerto al garete, un ahogado de nadie, un fiambre<sup>297</sup> de mierda. Una de las mujeres, mortificada por tanta insolencia, le quitó entonces al cadáver el pañuelo de la cara, y también los hombres se quedaron sin aliento.

Era Esteban. No hubo que repetirlo para que lo reconocieran. Si les hubieran dicho Sir Walter Raleigh, quizás, hasta ellos se habrían impresionado con su acento de gringo, con su guacamaya<sup>298</sup> en el hombro, con su arcabuz<sup>299</sup> de matar caníbales, pero Esteban solamente podía ser uno en el mundo, y allí estaba tirado como un sábalo<sup>300</sup>, sin botines<sup>301</sup>, con unos pantalones de sietemesino<sup>302</sup> y esas uñas rocallosas que sólo podían cortarse a cuchillo. Bastó con que le quitaran el pañuelo de la cara para darse cuenta de que estaba avergonzado, de que no tenía la culpa de ser tan grande, ni tan pesado ni tan hermoso, y si hubiera sabido que aquello iba a suceder habría buscado un lugar más discreto para ahogarse, en serio, me hubiera amarrado<sup>303</sup> yo mismo un ánora de galón en el cuello y hubiera trastabillado como quien no quiere la cosa en los acantilados, para no andar ahora estorbando<sup>304</sup> con este muerto de miércoles, como ustedes dicen, para no molestar a nadie con esta porquería de fiambre que no tiene nada que ver conmigo. Había tanta verdad en su modo de estar, que hasta los hombres más suspicaces, los que sentían amargas las minuciosas noches del mar temiendo que sus mujeres se cansaran de soñar con ellos para soñar con los ahogados, hasta éstos, y otros más duros, se estremecieron<sup>305</sup> en los tuétanos<sup>306</sup> con la sinceridad de Esteban.

Fue así como le hicieron los funerales más espléndidos que podían concebirse para un ahogado expósito<sup>307</sup>. Algunas mujeres que habían ido a buscar flores en los pueblos vecinos regresaron con otras que no creían lo que les contaban, y éstas se fueron por más flores cuando vieron al muerto, y llevaron más y más, hasta que hubo tantas flores y tanta gente que apenas si se podía caminar. A última hora les dolió devolverlo huérfano a las aguas, y le eligieron un padre y una madre entre los mejores, y otros se le hicieron hermanos, tíos y primos, así que a través de él todos los habitantes del pueblo terminaron por ser parientes entre sí. Algunos marineros que oyeron el llanto<sup>308</sup> a distancia perdieron

291 **se les subieron al hígado**  
**lassuspicias** they become  
full of suspicion

292 **rezongar** to protest, complain

293 **forastero** stranger

294 **tiburones** sharks

295 **tripotando** piling on

296 **despotricar** to rage

297 **fiambre** cold meat

298 **guacamaya** macaw

299 **arcabuz** old fashioned rifle

300 **sábalo** kind of fish

301 **botines** shoes

302 **sietemesino** premature child,  
runt

303 **amarrado** tied

304 **estorbando** getting in the way

305 **estremecieron** trembled

306 **tuétanos** marrow of their bones

307 **expósito** abandoned child

308 **llanto** crying, weeping

309 **rumbo** way, path

la certeza del rumbo<sup>309</sup>, y se supo de uno que se hizo amarrar al palo mayor<sup>310</sup>, recordando antiguas fábulas de sirenas<sup>311</sup>. Mientras se disputaban el privilegio de llevarlo en hombros por la pendiente escarpada<sup>312</sup> de los acantilados, hombres y mujeres tuvieron conciencia por primera vez de la desolación de sus calles, la aridez de sus patios, la estrechez de sus sueños, frente al esplendor y la hermosura de su ahogado. Lo soltaron<sup>313</sup> sin ancla, para que volviera si quería, y cuando lo quisiera, y todos retuvieron el aliento durante la fracción de siglos que demoró<sup>314</sup> la caída del cuerpo hasta el abismo. No tuvieron necesidad de mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que ya no estaban completos, ni volverían a estarlo jamás. Pero también sabían que todo sería diferente desde entonces, que sus casas iban a tener las puertas más anchas, los techos más altos, los pisos más firmes, para que el recuerdo de Esteban pudiera andar por todas partes sin tropezar<sup>315</sup> con los travesaños<sup>316</sup>, y que nadie se atreviera<sup>317</sup> a susurrar<sup>318</sup> en el futuro ya murió el bobo grande, qué lástima, ya murió el tonto hermoso, porque ellos iban a pintar las fachadas de colores alegres para eternizar la memoria de Esteban, y se iban a romper el espinazo excavando<sup>319</sup> manantiales en las piedras y sembrando flores en los acantilados, para que los amaneceres de los años venturosos los pasajeros de los grandes barcos despertaran sofocados por un olor de jardines en altamar, y el capitán tuviera que bajar de su alcázar<sup>320</sup> con su uniforme de gala, con su astrolabio<sup>321</sup>, su estrella polar y su ristra de medallas de guerra, y señalando el promontorio de rosas en el horizonte del Caribe dijera en catorce idiomas: miren allá, donde el viento es ahora tan manso que se queda a dormir debajo de las camas, allá, donde el sol brilla tanto que no saben hacia dónde girar los girasoles<sup>322</sup>, sí, allá, es el pueblo de Esteban.



310 **palo mayor** main mast

311 **sirenas** mermaids

312 **pendiente escarpada** steep incline

313 **soltaron** they let him go

314 **demoró** delayed

315 **tropezar** to bump into

316 **travesaños** beams

317 **atrevera** would dare

318 **susurrar** to murmur

319 **excavando** digging

320 **alcázar** bridge of a ship

321 **astrolabio** navigational instrument

322 **girasoles** sunflowers